

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SANTA CATALINA DE SIENA
DOCTORA DE LA IGLESIA**

LIMA – PERÚ

SANTA CATALINA DE SIENA, DOCTORA DE LA IGLESIA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: SU VIDA

1. Su infancia y adolescencia.
2. Vida pública.
3. Conversiones.
4. Caridad sin límites.
5. Peste negra y relajación.
6. El demonio.
7. Aviñón.
8. La paz con Florencia.
9. El gran cisma.

SEGUNDA PARTE: DONES EXTRAORDINARIOS

1. Amor a Jesús Eucaristía.
2. Los santos.
3. Santa Rosa de Lima y santa Catalina.
4. Carismas sobrenaturales. a) Bilocación.
b) Conocimiento sobrenatural. c) Inedia.
d) Las llagas. e) Leer y escribir.
f) Matrimonio espiritual. g) Cambio de corazones.
h) Éxtasis y levitaciones. i) Visiones.
j) Curaciones. k) Milagros.

TERCERA PARTE: MADRE DE TODOS

1. Así era ella.
2. Madre de una gran familia.
3. El padre Raimundo de Capua.
4. Muerte de sus padres.

CUARTA PARTE: DESPUÉS DE SU MUERTE

1. Muerte de Catalina.
2. Sus restos.
3. Milagros después de su muerte.
4. Títulos de Catalina.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Catalina de Siena es una vida realmente sobrenatural. Dios la escogió desde muy niña y la fue preparando para servir a la Iglesia y dar la vida por ella. Pertenece a la tercera Orden secular de santo Domingo, al grupo llamado de las mantelatas o hermanas de la penitencia de santo Domingo de Guzmán, el fundador de los padres dominicos.

Y Dios la llamó para cumplir la misión de hacer volver al Papa, que residía en Aviñón desde hacía unos 70 años, a la ciudad de Roma, a su sede episcopal. Fue su gran victoria. También consiguió la paz con algunas ciudades como enviada del Papa, especialmente con Florencia. Además se preocupó por animar al Papa a emprender una gran tarea reformadora de las costumbres a nivel de la gente y del clero. Por el bien de la Iglesia ella ofreció a Dios su vida. Lamentablemente en 1378, dos años antes de su muerte, surgió el cisma de Occidente. Después de la elección de Urbano VI, algunos cardenales franceses descontentos eligieron otro Papa, que se llamó Clemente VII. Y la cristiandad se dividió en dos. Unos obedecían al Papa de Roma y otros al de Aviñón.

En su vida Catalina tuvo muchos dones sobrenaturales: las llagas de Cristo, cambio de corazones, bilocación, conocimiento sobrenatural, don de hacer milagros, de convertir a los pecadores, de sanar enfermos, expulsar demonios... También aprendió a leer de modo sobrenatural y pudo dictar cartas a dos, tres y hasta cuatro secretarios a la vez, sin dudar y siendo temas distintos, por una gracia especial del Espíritu Santo. Por todo esto y por mucho más, consideramos que su vida es digna de leerse para darle gloria a Dios.

Esta biografía está basada en los testimonios de las personas que la conocieron y vivieron con ella, especialmente en la *Leyenda mayor*, escrita por su confesor el beato Raimundo de Capua, que recibió los apuntes que le entregó fray Tomás della Fonte, su confesor anterior, y que había vivido en la misma casa de Catalina. Otro de sus discípulos, Caffarini, escribió la *Leyenda menor*. Observemos que en ese tiempo la palabra leyenda, no significaba novela o algo imaginario, sino *legenda*, que en latín significa lo que se ha de leer, es decir, una biografía auténtica. También son interesantes las notas recogidas del Proceso Castellano o investigación jurídica sobre la santidad de Catalina, llevada a cabo por el obispo Francisco Bembo entre 1412 y 1416.

Esperamos que todo ello sirva para el deleite espiritual de los lectores, para gloria de Dios, exaltación de nuestra fe católica y honor de nuestra querida hermana santa Catalina de Siena.

Nota.- Al citar el libro de Raimundo de Capua, lo haremos solamente colocando primero en números romanos la parte correspondiente (Parte primera, segunda...) y a continuación el número del capítulo.

Jörgensen se refiere al libro de Juan Jörgensen, *Santa Catalina de Siena*, Ed. Difusión, Buenos Aires, 1859.

Leclercq nos lleva al libro de Jacques Leclercq, *Santa Catalina de Siena*, Ed. Rialp, Madrid, 1955.

I fioretti hace referencia al libro presentado por el padre Inocencio Taurisano, *I fioretti di S. Caterina da Siena*, Roma, 1927.

PRIMERA PARTE SU VIDA

1. SU INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Catalina Benincasa nació el 25 de marzo de 1347 en Siena, en el barrio de Fontebranda, en casa del tintorero Jacobo Benincasa y de su esposa Lapa di Puccio dei Piagenti. Ella era la hija 24 de sus padres. Tenía su hermana gemela llamada Giovanna, que murió a los pocos días de ser bautizada. El último de la familia, el 25, fue Esteban.

Su padre era muy piadoso, mientras que su madre no lo era tanto. Cerca de su casa estaba la iglesia de Santo Domingo, adonde acudía frecuentemente. El padre Raimundo asegura que *Jacobo era varón simple (sencillo) sin engaño y sin doblez, temeroso de Dios y apartado de todo mal. Era tintorero de paños y del mismo oficio eran sus hijos*¹.

Jacobo no toleraba en su casa conversaciones groseras, malas palabras o contra la Iglesia. Cuando Buenaventura, la hermana preferida de Catalina, se casó, se horrorizó al escuchar las charlas de su esposo con sus amigos y tuvo que decir: *En casa de mi padre no me han acostumbrado a este lenguaje y, si no quieres verme morir pronto, te suplico que renuncies a esas conversaciones inmundas.*

En la casa vivía también un jovencito que, cuando la peste de 1349, quedó huérfano con 10 años y Jacobo lo recibió como hijo adoptivo en su casa. Este joven llegó a ser sacerdote dominico y fue el primer director espiritual de Catalina. Se llamaba Tomás della Fonte.

Catalina, desde pequeña, era tan graciosa y alegre que los vecinos la llamaban Eufrosina. *Teniendo cinco años, sabía rezar el avemaría y, subiendo y bajando las escaleras de su casa, en cada escalón se hincaba de rodillas y rezaba un avemaría*².

Aconteció que, siendo de casi seis años, yendo con su hermanito un poco mayor que ella llamado Esteban, a casa de su hermana Buenaventura para visitarla de parte de su madre, a la vuelta, pasando junto al convento de los frailes predicadores (dominicos), levantando los ojos en alto, vio sobre la iglesia del convento un tálamo real muy adornado, de gran hermosura; y en él una rica y preciosa silla en la que vio sentado al Salvador del mundo, Jesucristo nuestro

¹ I, 1.

² I, 2.

Señor, vestido de pontifical con una tiara monárquica y papal sobre su cabeza, y estaban con él los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo con san Juan evangelista... Ella los miraba con maravillosa atención. Y (Jesús)... puso los ojos en ella y comenzó a sonreírle y extendió sobre ella su mano derecha, dándole su bendición, haciendo la señal de la cruz... Esta bendición fue en ella de tanta eficacia y gracia que fue arrebatada y su alma transformada en aquel a quien con tanta delectación miraba, tanto que, olvidada del camino que iba y de sí misma, la niña, con los ojos levantados sin mover la cabeza, estuvo quieta en la calle pública, por donde pasaban hombres y animales. Y hubiera permanecido allí sin ninguna duda, mientras duraba la visión, si nadie la moviera de allí.

Su hermano Esteban continuó su camino, pensando que iba junto a él y, como miró y no la vio consigo y la vio que estaba lejos y así arrebatada, comenzó a llamarla dando voces. Pero ella no se movía ni le respondía, ni se mudaba de aquel lugar. Él se volvió a ella, llamándola hasta que llegó a ella y la tomó de la mano y, tirando de ella, le decía: “¿Qué haces aquí? ¿Cómo te quedas atrás? ¿Por qué no vienes?”. Ella volvió en sí, como quien despierta de un gran sueño, bajó los ojos y dijo: “Oh, hermano mío, si vieras lo que yo vi, de ningún modo me lo hubieras impedido”. Y, diciendo esto, volvió otra vez a levantar los ojos a lo alto, pero la visión había desaparecido. Y comenzó a llorar amargamente por haber bajado los ojos ³.

Catalina comenzó a pensar en Dios y amarlo cada día más. Oyó hablar de los santos ermitaños de Egipto y quiso ir a vivir al desierto para dedicar su vida sólo a Dios. Una mañana, pensando cómo buscaría el desierto, tomó un solo pan y se fue hacia la casa de su hermana casada (Buenaventura), que estaba junto a la puerta de la ciudad, que se llama Ansano. Y salió por esa puerta, lo que nunca jamás había hecho antes y caminó un largo trecho y bajó una cuesta no grande. Al no ver casas juntas como en la ciudad, pensó que ya estaba cerca del desierto. Y, caminando algo más, halló unas peñas y en una de ellas una cueva que le agradó mucho; y entró con mucha alegría y pensó que ya estaba en el desierto, donde deseaba vivir para siempre... Y de rodillas se puso a orar con gran fervor y devoción y fue elevada de la tierra en alto, tanto como cuanto la dicha cueva lo podía sufrir. Y estuvo así hasta la hora de Nona... en que, por divina inspiración, entendió que aún no era el tiempo en que había de afligir su cuerpo ni dejar la casa de su padre. Y con el mismo espíritu, con qué había salido, comenzó a volver a la ciudad... Y temiendo que sus padres y parientes, teniéndola por perdida, recibirían pena y aflicción, comenzó con devota oración a encomendarse a Dios. Y vino una niebla y la levantó en alto y en brevísimo tiempo fue llevada en el aire hasta la puerta de la ciudad sin lesión alguna. Y volvió prestamente a casa de sus padres, los cuales, creyendo que venía de casa

³ I, 2.

*de su hermana, no supieron por entonces de su ida ni del hecho que había pasado hasta que en mayor edad lo reveló a sus confesores*⁴.

A los siete años hizo voto de perpetua virginidad⁵. *Se prometió a Jesús ante una imagen de la Virgen María, diciendo: Virgen María, no consideres mi debilidad y concédeme la gracia de tener como esposo al que amo con toda mi alma, tu Hijo santísimo, nuestro Señor Jesucristo... Le prometo así como a ti, no aceptar a otro jamás”...*

Y según iba creciendo se las ingeniaba para no dormir en la cama, no beber vino, ni comer cualquier alimento delicado, yendo de su casa todas las mañanas a la iglesia, que estaba cerca, y confesándose y comulgando frecuentemente con su director espiritual fray Tomás della Fonte.

No quería comer carne, y si se la daban en casa, se la daba a su hermano Esteban o la echaba a los gatos. Se entusiasmaba con las vidas de los santos y quería ser como ellos. *Por divina revelación supo cómo el glorioso padre santo Domingo había instituido la Orden de los frailes predicadores. Y tenía tanta reverencia a esta Orden y a sus frailes que, cuando pasaban delante de su casa y los veía, anotaba el camino y los lugares donde ponían los pies y, después de pasados, con toda humildad y devoción besaba las pisadas de ellos*⁶.

*Hubiera querido ser fraile como ellos, pero, como era mujer, pensó en hacer como santa Eufrosina que, disimuló ser hombre y (según se dice) había entrado en una Orden de varones. Y así ella pensaba irse a otras partes donde no fuese conocida y fingirse varón para entrar en la Orden de los predicadores para poder aprovechar a las almas*⁷.

Antes que cumplierse los diez años, una vez su madre la envió a la iglesia de su parroquia y le dio cierto dinero y candelas para que las llevase al sacerdote, rogándole que dijese una misa a san Antón. Y ella oyó toda la misa hasta el fin. Le pareció a su madre que tardaba mucho... Cuando volvió, le preguntó cómo había tardado tanto y, para avergonzarla más, le dijo: “Malditas sean las malas lenguas que ya decían que tú no volverías acá”. Eso era una manera de decir en aquellas tierras a los que tardan: “¿Adónde van?”.

Ella respondió: “Madre mía, cuando en algo desfallezca o me exceda de vuestros mandamientos, azotadme y castigadme para que otra vez no yerre, pero yo os suplico que por mis defectos no soltéis vuestra lengua para maldecir a

⁴ I, 2.

⁵ I, 3.

⁶ I, 3.

⁷ I, 3.

*ninguno, bueno ni malo, porque no conviene a vuestra honestidad y gran edad y a mí es gran tormento de corazón*⁸.

A los doce años, según la costumbre de aquella región, sus padres y hermanos pensaron en casarla. Su madre le enseñaba cómo lavarse el rostro y cuidar sus cabellos, pelarse les cejas y otras cosas para realzar su hermosura.

Pero Catalina rehusaba esas vanidades para agradar a los hombres, porque tenía hecho voto de virginidad. Su madre insistía y la envió a casa de su hija Buenaventura, ya casada, para que le enseñase a hacer las cosas que realzan la hermosura corporal. Catalina, por complacerla, pero sin olvidar su voto, empezó a hacer varias cosas para realzar su belleza. Este pecado lo confesó después en todas sus confesiones con muchas lágrimas, como si hubiese cometido un gran pecado. Pero sus mismos confesores dijeron siempre que nunca había pecado mortalmente y que siempre la hallaron limpia de pecados veniales y tan inocente que casi no hallaban ninguna falta en sus confesiones cotidianas.

*Durante las 24 horas del día dormía un cuarto de hora. Cuando comía manjar (si manjar se puede decir) era siempre contemplar y pensar rumiando las cosas que de Dios había recibido. Para ella era mayor pena comer que para un hambriento ser privado de todo manjar*⁹.

*Su hermana Buenaventura murió en el primer parto muy joven. A Catalina le fue revelado que por sus oraciones fue liberada de las penas y tormentos del purgatorio, después de algún tiempo de haber padecido grandes penas*¹⁰.

Sus padres y hermanos insistían en casar a Catalina y ella tuvo que manifestarles que ya estaba comprometida para siempre con Jesús por su voto de virginidad. Para convencerla, llamaron a un religioso dominico, que era muy amigo de la casa (fray Tomás della Fonte) y él, más bien, le aconsejó que se cortara los cabellos para que así la dejaran en paz. Y así lo hizo, cortándose los cabellos a raíz de la cabeza. Entonces sus padres determinaron que no tuviese ningún lugar apartado ni celda en la casa, donde pudiera retirarse a orar, y que se dedicara a los trabajos de la casa para no tener tiempo para orar ni hacer penitencias. Despidieron a una empleada que tenían para la cocina y, en su lugar, pusieron a Catalina.

⁸ I, 3.

⁹ I, 4.

¹⁰ I, 4.

Teniéndola así atormentada y maltratada, hallaron sus padres un mancebo de buena parte que la pedía por mujer, del cual ellos tenían mucho contentamiento ¹¹, pero ella permaneció firme en no querer casarse.

Y, como no tenía celda propia, aprovechaba la de su hermano Esteban, que no tenía esposa ni hijos, y cuando estaba ausente, podía estar allí para orar y lo mismo de noche, mientras él dormía.

Un día, estaba en la habitación de su hermano Esteban con la puerta abierta, ya que le habían prohibido cerrar la puerta. Estaba rezando de rodillas, y entró su padre y vio sobre su cabeza una pequeña paloma blanca como la nieve. Al verla su padre, voló en alto y salió por la ventana. Preguntó a su hija qué paloma era aquella que así se había ido volando y ella respondió: “Padre, yo no he visto hoy paloma ni otra ave en esta cámara”. De lo cual, el padre quedó muy maravillado ¹².

Desde ese día, su padre mandó públicamente a todos los de su casa que ninguno le impidiese orar a Catalina, ni dar limosnas, cuando quisiera hacerlas.

En este tiempo comenzó a crecer en ella el deseo de vestir el hábito de santo Domingo y oraba intensamente al Señor por esta intención. Un día el Señor le concedió la siguiente visión. Vio en sueños a muchos santos fundadores de Órdenes diversas (san Benito, san Romualdo, san Bernardo, san Francisco y muchos otros), entre los que uno era el glorioso padre santo Domingo, al que ella conoció muy bien porque traía en sus manos un lirio blanco muy hermoso, que se llama azucena... Santo Domingo vino hacia ella. Traía en su mano el hábito de las hermanas mantelatas (de la tercera Orden de santo Domingo), que se dicen de la penitencia de santo Domingo, y le dijo: “Hija dulcísima, sé fuerte de corazón que por cierto serás vestida de este hábito como deseas y nada te lo podrá impedir”. Y así, estando toda bañada en lágrimas, despertó y quedó muy consolada... El mismo día juntó a sus padres y hermanos y con mucha osadía les habló diciendo: “Muchas veces me habéis hablado y dicho que me queréis casar y darme marido corruptible y mortal... Os quiero descubrir a las claras y desnudamente mi corazón y mi propósito desde mi niñez. Sabed que yo, siendo en edad muy niña, hice voto de virginidad ¹³.

Desde los 15 años comía solo pan y hierbas crudas con sola agua. Desde los 20 años dejó de comer pan y se sostenía con hierbas crudas y con el tiempo vino a no comer ni beber cosa alguna y así vivía ¹⁴. Incluso consiguió vencer el

¹¹ I, 4.

¹² I, 5.

¹³ I, 5.

¹⁴ I, 6.

sueño y en dos días apenas dormía media hora. *Hizo un lecho de palos y tablas sin poner en él ropa ni cosa alguna y allí dormía vestida. Traía camisas de lana a la carne y algunas veces usaba cilicios*¹⁵.

Lapa entró un día en la habitación de Catalina y la vio flagelarse de modo que le salía sangre de su cuerpo. La pobre madre se echó a llorar y gritaba: *Hija mía, ¿es que te quieres matar? ¿Quién está engañando a mi hija?*

Su madre pensaba cómo podría desviarla de sus asperezas y le propuso ir a los baños, creyendo que *con la recreación y placer de los baños le revocaría las asperezas de sus penitencias...*, pero ella halló una nueva manera para más atormentar su cuerpo, aun entre los deleites. *Porque disimulando quererse bañar más perfectamente que las otras (estando sola), se puso a la canal por donde entraba el agua ardiendo de la piedra azufre y, con muy gran sufrimiento y paciencia, sufrió el agua que caía hirviendo en sus carnes delicadas... Y para poder con mayor libertad sufrir el tormento, rogaba a su madre que, después de las otras, la dejase bañar sola... Una vez el confesor le preguntó cómo había podido sufrir tan gran tormento, y ella le respondió con simplicidad, diciendo: “Mientras yo estaba allí, pensaba dentro de mi corazón en las penas del infierno y del purgatorio”*¹⁶.

En una ocasión todo su cuerpo se llenó de postillas y granos y parecía tan fea que casi no tenía su figura y, sobre esto, una continua y grandísima fiebre. Parece que eran viruelas o sarampión. La madre la cuidaba con mucho cariño. Y ella le dijo: *“Madre, si queréis que yo sane y sea fuerte, haz que cumpla mi deseo de ser vestida con el hábito de las hermanas de la penitencia de santo Domingo. Creo que Dios y santo Domingo me llaman para su servicio; si no, harán que ni en aquel hábito ni en otra manera me podáis ya tener”*. Su madre, espantada y con temor de la muerte de su hija, fue a visitar a las hermanas de la penitencia y les contó con fervor y lágrimas el deseo de su hija. Ellas mudaron su primera respuesta (le habían dicho que no, porque sólo recibían viudas o mujeres mayores y no jóvenes solteras). Le preguntaron, si era hermosa; y la madre les dijo: *“Venid vosotras a mi casa y ved a mi hija y así podréis juzgar lo que debéis hacer”*. Enviaron a cuatro religiosas matronas; más experimentadas y discretas que las enviadas anteriormente para que mirasen bien la disposición de su cuerpo e investigasen sabiamente su deseo.

Ellas venidas, no vieron en ella hermosura, así porque ella naturalmente no era hermosa como porque la enfermedad la tenía muy afeada, pero, oyendo las palabras con que expresaba su santo deseo y considerando su fervor y

¹⁵ I, 6.

¹⁶ I, 7.

prudencia... conocieron que, aunque en edad fuese joven, era vieja en discreción y que a muchas viejas precedía en virtudes delante de Dios. Por lo cual, volvieron muy edificadas y, con el consentimiento de los frailes, todas unánimes y conformes la recibieron. Y así lo enviaron a decir a su madre Lapa... Entonces la santa virgen comenzó a orar para que aquella enfermedad corporal se acabase presto... Y plugo a Dios que en pocos días fue sana...

Llegó el día y la hora ordenadas por la divina providencia en que recibió el santo hábito tan deseado. Vinieron a la iglesia la madre y la hija... y el fraile que a la sazón tenía el cargo de ellas (hermanas de la penitencia) vistió a la sagrada virgen las vestiduras que los Santos Padres ordenaron que se trajese en señal y muestra de inocencia y humildad, blanco y negro, porque lo blanco corresponde a la inocencia y lo negro a la humildad¹⁷.

Era un domingo en la tarde del año 1363. Catalina recibió el hábito de las *hermanas de la penitencia* de santo Domingo o mantelatas de manos del padre Bartolomé Montucci. Tenía unos 16 años. Durante tres años estuvo viviendo en su casa como una ermitaña.

2. VIDA PÚBLICA

Después de haber vivido tres años en su casa como una ermitaña, dedicada a la oración y a la penitencia, Jesús la llamó a una vida pública para servir a la Iglesia. Un día estaba feliz, hablando con Jesús, y él le dijo: *Vete, ya es hora de comer; los tuyos están ya en la mesa. Vete, estate con ellos, luego volverás junto a mí... —¿Me echas, Señor? ¿Por qué mi esposo queridísimo me arroja de su presencia? Si he ofendido a tu Majestad, ahí está mi cuerpo, castígalo; pasaré por todo, pero no me impongas el martirio de separarme de ti. ¿Qué haré yo en la mesa? Los míos no comprenden cuál es mi comida. He huido del mundo y de los míos para ser tu esposa; y ahora que eres mi todo, ¿me obligas a mezclarme de nuevo en las cosas del mundo, con peligro de recaer en mi ignorancia y llegar a ofenderte? No, Señor, tu bondad jamás consentirá que ni yo ni nadie tenga que estar separada de tu misma Bondad.*

—Cálmate, hija queridísima, es preciso cumplir toda justicia y hacer fecunda mi gracia en ti y en otros. No pretendo separarte de mí; quiero, por el contrario, unirme a mí más estrechamente por medio de la caridad del prójimo... Debes cumplir los dos mandamientos del amor, en los que se encierra toda ley... Desde pequeña he infundido en ti el celo por las almas; soñabas con ser hombre; disfrazarte, al menos, de hombre; ir a tierras lejanas y ser fraile predicador para

¹⁷ I, 7.

ser más útil para ti y para las almas... Llevas ya el hábito tan anhelado de la Orden nacida para el bien del prójimo. ¿Por qué te maravillas y te lamentas cuando te empujo a realizar los sueños de tu infancia?

—Pero esto, ¿cómo puede realizarse?

—Según dispondrá mi bondad.

—Hágase tu voluntad, no la mía... Yo soy la que no soy y tú eres el que eres. Yo soy ignorancia, tú la sabiduría del Padre... Soy mujer...; ni los hombres me harán caso ni está bien que una mujer ande entre ellos.

—Yo difundo mi gracia como quiero. Ante mí no hay hombre ni mujer, ni pobre ni rico; todos son iguales, y lo mismo puedo hacer una cosa que otra... ¿Dudas? ¿Crees, acaso, que no puedo encontrar el modo de llevarlo a cabo convenientemente? Sé que hablas así no por falta de confianza, sino por humildad... Quiero instrumentos ineptos para humillar la soberbia de los sabios... Obedece con valentía, que pronto te mandaré entre la gente. No te abandonaré dondequiera que te encuentres, ni dejaré de visitarte y de guiarte en todo lo que emprendas ¹⁸.

3. CONVERSIONES

Las palabras de Catalina eran de fuego y traspasaban los corazones y los convertía a una vida mejor. *En aquel tiempo había muchos condenados a muerte, los cuales, sin confesarse, iban desesperados a la muerte. Catalina oraba durante la noche por ellos y por la mañana temprano iba a la cárcel a verlos y animarlos a perdonar. Y les hablaba de tal manera que ellos pedían un confesor. Y eso ocurrió con frecuencia. Ella misma los acompañaba hasta el final. Se arrodillaba y recogía con sus propias manos su cadáver. Estas cosas yo, fray Simón de Neri de Cortona, de la Orden de los predicadores, vi y algunas escuché y, por eso, afirmo que son verdaderas ¹⁹.*

El 8 de febrero de 1370, en Siena, iban dos malhechores, llevados en una carreta por la justicia para ser ajusticiados. Ambos blasfemaban contra Dios y los santos y se encomendaban al diablo en alta voz. Algunos, que vivían con Catalina, se asomaron a las ventanas a verlos pasar y le avisaron. Ella oyó sus gritos y sus voces desesperados; pero, sin mirar por la ventana, se fue a su cuarto a orar ante una imagen de la Virgen. Y decía: “Jesús mío Jesucristo, fuente de misericordia y de piedad, cámbiales sus corazones”. Y después se dirigía a la Virgen: “Tú eres abogada de los pecadores, consigue su salvación y

¹⁸ II, 1.

¹⁹ I fioretti, p. 173.

ponme el tormento que quieras por ellos”. Finalmente, cuando ya estaban cerca del lugar de la ejecución, comenzaron a cambiar de lenguaje, diciendo: “Mirad a Catalina (quizás se les apareció, porque estaba en su casa). ¡Alabado sea Dios y su madre la Virgen María! Nosotros somos pecadores y somos dignos de esta pena. Señor, ten misericordia de nosotros. Y con estas palabras fueron ahorcados ²⁰.

Había en Siena un hombre llamado Francisco de Tolomei, que tenía muchos hijos de su esposa llamada Rabes. El primogénito se llamaba Jacobo. Era un hombre de mal vivir, que había asesinado a dos personas y era temido por los que lo conocían.

Tenía una hermana llamada Ginocia, que era virgen, pero estaba dada totalmente al mundo y a las vanidades en el vestir y en sus afeites, etc. Su madre la llevó a hablar con Catalina y con sus oraciones y amonestaciones cambió de tal manera que, dejando las vanidades, se cortó los cabellos y tomó el hábito de las hermanas penitentes de santo Domingo.

La otra hermana, llamada Francisca, le siguió en esta vida. Pero al enterarse Jacobo de estas decisiones de sus hermanas, se fue a verlas furibundo, queriendo sacarlas de la nueva vida. Al enterarse Catalina, se puso en oración y consiguió que Jacobo se confesara con fray Bartolomé, que había ido a visitarlo, y el león se cambió en cordero. Mateo, el hermano menor, viendo estas cosas, dejó el siglo y entró en la Orden dominicana y en ella vivió religiosamente y murió santamente. Jacobo vivió casado, pero nunca volvió a los males anteriores, sino que llevó una vida sufrida y ordenada ²¹.

En 1377, estando Catalina en Val de Orcia, según asegura fray Raimundo de Capua, millares de hombres y mujeres venían presurosos de las cimas de las montañas, como si respondiesen al sonido de una trompeta misteriosa. Venían a verla. No pretendían que hablase, bastaba su presencia para convertir las almas y moverlas a contrición. Todos lloraban sus pecados y se acercaban al tribunal de la penitencia. Yo fui testigo de la sinceridad de su arrepentimiento y es evidente que una gracia extraordinaria obraba en sus corazones ²².

Ella misma refiere la conversión de Nicolás de Toledo: He ido a visitar al que sabéis, y experimentó tal consuelo y alegría, que se confesó y se encontró en las mejores disposiciones. Me hizo prometerle que, cuando llegase la hora de la justicia, estaría a su lado, y he hecho como le prometí. Por la mañana, antes del

²⁰ II, 6.

²¹ II, 7.

²² II, 7.

primer toque de campana, fui a verle, y recibió gran consuelo. Le llevé a oír misa; recibió la sagrada comunión, de que siempre estuvo alejado. Su voluntad se hallaba sometida a la de Dios; sólo temía ser débil en el momento supremo, y me decía: “Quédate conmigo; no me abandones, y todo irá bien y moriré contento”. Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentí un gozo y un perfume como de su sangre mezclada con la mía, que deseo verter por mi dulce esposo Jesús. Ese deseo aumentaba en mi alma, y, observando su angustia, le dije: “Valor, dulce hermano mío, que pronto estaremos en las eternas bodas; irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesús, que nunca debe salir de tu memoria, y te esperaré en el lugar de la justicia”. Padre mío e hijo mío, todo temor se alejó de su corazón; la tristeza de su semblante se trocó en alegría y decía: “¿De dónde tan singular gracia que la dulzura de mi alma me espere en el lugar santo de la justicia?”. Ved la luz que había recibido cuando llamaba santo al lugar de la justicia, y añadía: “Sí, iré fuerte y alegre, y me parece que he de esperar mil años aun cuando pienso que estaréis allí”. Y pronunciaba tan dulces palabras, que la bondad de Dios era para hacerme morir de alegría.

Le esperé, pues, en el lugar de la justicia, rezando e invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina, virgen y mártir. Antes de que llegase, me bajé y puse mi cuello en el tajo, pero sin obtener lo que deseaba, y rezaba y clamaba al cielo y decía: “María”. Quería obtener la gracia de que ella se procurase la luz y la paz del corazón en sus últimos momentos... Mi alma se sintió de tal modo embriagada por la dulce promesa que se me hizo, que no veía a nadie, aun cuando había en la plaza una gran multitud.

Llegó, por fin, como un cordero apacible, y al verme se sonrió. Quiso que hiciese sobre él la señal de la cruz. Cuando la hubo recibido, le dije en voz baja: “Ve, dulce hermano, dentro de poco estarás en las eternas bodas”. Se extendió dulcemente, le descubrí el cuello e, inclinada sobre él, le recordé la sangre del Cordero. Sus labios sólo repetían: “Jesús”, “Catalina”. Cerré los ojos, diciendo: “Quiero”, y recibí en mis manos su cabeza.

En seguida vi al Hombre-Dios, cuya claridad semejaba la del sol... Esa alma entró en la herida abierta de su costado, y la Verdad me hizo comprender que aquella alma se había salvado por pura misericordia, por gracia, sin mérito alguno por su parte²³.

El año 1374 Catalina se enfermó de gravedad, pero sin señales de la peste y pensó que se acercaba su muerte. Eso le dio mucha alegría, pero comenzó a mejorar, se puso triste y comenzó a orar a la Virgen María, rogándole que no la

²³ Carta 273 a fray Raimundo de Capua de junio de 1375.

dejase más en esta tierra. La Virgen se le apareció y le dijo: “Catalina, hija mía, ¿ves toda esta multitud de gente que tienes detrás?”. “Sí, veo a todos”. “Conviene que escojas. Mi hijo quiere que todavía vivas, porque te quiere dar toda esa gente para la vida eterna, además de la que ya te dio. Si tú quieres morirte ahora, él no te dará estos que te he mostrado. Tú escoges”.

Entonces Catalina le dijo: “Madre mía, tú sabes que en mí no está el querer o no querer, sino hacer la voluntad de tu hijo Jesús”. La Virgen le respondió: “Ahora te consuela que mi hijo te haya dado todos estos que te he mostrado. Él te llamará, cuando él quiera”. María desapareció y Catalina quedó sana de su enfermedad ²⁴.

4. CARIDAD SIN LÍMITES

Su amor al prójimo lo manifestaba de distintas maneras, perdonando, solucionando problemas y dando alimentos y cosas materiales. Esto, sin contar tantos milagros que Dios hacía por su intercesión para ayudar y sanar a los enfermos. Veamos algunos casos donde manifestó su inmensa caridad.

Había una hermana de las penitentes de santo Domingo, llamada Andrea, que tuvo una gravísima enfermedad y tenía una llaga grande en el pecho, de la que salía mucho hedor y nadie quería cuidarla. Se enteró Catalina y fue a curarla. Le limpiaba la llaga, la lavaba y la tapaba con unos pañuelos sin tener asco. Un día se le revolvió el estómago y casi vomitó. Entonces Catalina sintió ira contra sí misma y reclinó su cabeza sobre la llaga enferma hasta que se le pasaron las ganas de vomitar. La enferma le decía: “Hija, por favor, no lo hagas”... El caso es que el demonio le hizo concebir a la enferma un gran odio contra Catalina y a sospechar que andaba por malos caminos. Pensó que cuando no estaba con ella, se iba a hacer alguna torpeza carnal y así se lo dijo a las otras hermanas, quienes escandalizadas y creyendo que era verdad, la llamaron y la reprendieron con palabras duras y feas. Ella por su parte, sólo les dijo: “Señoras y hermanas mías, por la gracia de Jesucristo soy virgen”.

Uno de los días se le apareció Jesucristo, teniendo en su mano derecha una corona adornada de piedras preciosas y margaritas, y en la izquierda una corona de espinas, y le dijo que escogiera. Ella escogió la corona de espinas y con sus propias manos se la puso en la cabeza... De ahí en adelante sentía muchos días dolor de cabeza... La enferma reconoció su culpa y con muchas lágrimas confesó que había difamado a Catalina.

²⁴ I fioretti, pp. 39-40.

Otro día le vino deseo de vomitar y, para superarlo, juntó la materia podrida que había salido de su llaga y lo bebió. Ella decía después a sus confesores que nunca había gustado ni bebido cosa tan suave ni de tan buen sabor. A la noche siguiente se le apareció Jesús y le mostró sus cinco llagas. La tomó de la mano derecha y le llevó su boca a la llaga de su costado, diciendo: “Bebe, hija, este licor de mi costado con el cual tu alma será llena de tanta suavidad que maravillosamente redundará en tu cuerpo que por mi amor despreciaste”... y ella bebió tan preciosísimo licor por un gran espacio, sabrosa y abundantemente ²⁵.

Una vez, estando la santa virgen en la iglesia de los frailes predicadores (dominicos) de Siena, vino a ella un pobre y le pidió que lo socorriese en sus necesidades por amor de Dios. Y, como no tuviese allí nada que darle, le dijo que le esperase para cuando fuese a su casa. El pobre le respondió: “Si tienes aquí algo, dámelo, porque no puedo esperar”. Ella, no queriendo que se fuera desconsolado, pensaba dentro de sí qué le daría para socorrerlo; y súbitamente se le ocurrió darle una pequeña cruz de plata que traía en sus cuentas con que rezaba y le dio la cruz con mucha alegría. Y el pobre se fue lleno de alegría sin pedir a otro más limosna, como si solamente por aquella cruz hubiera venido.

En la noche se le apareció a Catalina el Salvador del mundo, teniendo la dicha cruz adornada de muchas piedras preciosas y le dijo: “Hija, ¿conoces esta cruz?, pues yo te prometo que el día del juicio te la presentaré delante de toda la universalidad de ángeles y hombres tal como ahora la ves ²⁶.”

Otro día, estando en la iglesia de los dominicos de Siena, después de cantar la tercia, la gente se fue y quedó ella sola con una compañera, orando como muchas veces acostumbraba en la capilla de las hermanas de su Orden, que está en lo más alto de la iglesia. Y, al pasar por la iglesia para ir a su casa, se le apareció Jesucristo en forma de un pobre peregrino, como de 32 ó 33 años, y le pidió por amor de Dios que le diera alguna vestidura.

Ella le respondió: “Amado hermano, espérame un poco mientras vuelvo y te daré algo que vistas”. Se fue a la capilla de dónde había salido y se sacó una saya sin mangas de lana y se la dio al pobre con gran alegría.

El peregrino, al dársela, le pidió más, diciéndole: “Señora, te ruego que me des alguna vestidura de lino”. Ella le contestó: “Ven detrás de mí y te daré lo que pides”. En esto ella comenzó a ir camino de su casa. Al llegar fue a un aposento donde estaban las ropas de lino de su padre y de sus hermanos y tomó

²⁵ II, 4.

²⁶ III, 3.

un camisón y unos paños menores y le dio todo al pobre alegremente. Pero no contento con esto, el pobre no cesaba de pedir más, diciendo: “Te ruego que me digas qué haré yo de esta saya que me diste sin mangas, pues no me cubrirá mis brazos desnudos. Dame unas mangas”. Ella, ni por esto enojada, fue por la casa buscando si hallaría mangas y halló una saya nueva de una moza de servicio de casa, que estaba colgada y que nunca se la había vestido, y con prisa le descosió las mangas y se las dio al pobre con mucha gracia. El pobre, aún no se contentó con todo esto, y le dijo: “Señora, yo tengo un compañero aquí en el hospital que está muy desnudo y no tiene cosa que vestir. Si me dices algún vestido para él, yo se lo llevaría y se lo daría de vuestra parte de buena voluntad”... A Catalina le vino la duda de darle su propia saya, ya que no tenía más que esa. Respondió al pobre: “Te ruego que tengas paciencia y me perdones... Entonces el pobre, sonriéndole, le dijo: “Bien veo que, si pudieses, me lo darías”. Y en su despedida pareció como que dejaba unas señales en las que daba a entender que era el mismo que se le solía aparecer muchas veces claramente...

La noche siguiente, el Salvador del mundo, Jesucristo nuestro Señor, se le apareció en forma de aquel pobre, teniendo en sus manos la saya que le había dado, guarnecida de margaritas y de muchas piedras preciosas y muy resplandeciente, diciendo: “Muy amada hija, ¿conoces esta saya? Tú me diste ayer esta saya... y yo te daré una vestidura invisible a los hombres, pero tú la verás y la sentirás, con la cual tu alma y tu cuerpo serán defendidos de todo frío dañoso”. Y luego el Señor sacó con sus santas manos de la llaga de su costado una vestidura de color de sangre, de la cual salían rayos muy resplandecientes. Y el Señor se la vistió con sus propias manos, diciéndole: “Yo te doy esta vestidura, mientras estás en la tierra, en señal y en prenda de las vestiduras de la gloria de que en su tiempo serás vestida en los cielos... Y, desde esa hora, nunca, por tiempo frío o caliente, trajo más de una saya sobre la sayuela o camisa de lana. Pero ella sola sentía en sí misma la vestidura que Jesucristo le había dado²⁷.

En otra oportunidad, quiso ayudar a un pobre que se moría de hambre. Ella llenó una bolsa de lana de huevos de gallina y fue al lugar donde vivía. Antes de llegar entró en una iglesia y quedó extasiada. Su cuerpo cayó sobre la bolsa de los huevos. Los huevos quedaron intactos, mientras que un dedal de cobre para coser, que había en la misma bolsa, se quebró en tres partes²⁸.

Había en Siena una mujer muy pobre y muy enferma llamada Cecilia. En el hospital no le podían atender ni darle comida. Y tanto creció su enfermedad que quedó leprosa en todo su cuerpo y nadie quería servirle ni acercarse a ella.

²⁷ II, 3.

²⁸ III, 3.

Cuando lo supo Catalina, fue al hospital a visitarla y atenderla. Cada mañana y cada tarde la visitaba personalmente y por sí misma le daba de comer, como si atendiera al mismo Jesús. Pero la enferma era soberbia y la injuriaba, como si tuviera derecho a que le sirviera.

Como tardase alguna vez Catalina por entretenerse en rezar en alguna iglesia, la enferma la recibía con impaciencia y malas palabras y le decía: “Bienvenida sea la reina de la fuente (Catalina vivía en el barrio de la fuente, llamado Fontebranda). Todo el día ha estado holgando en la iglesia de los frailes”. La santa virgen no se molestaba, le servía con caridad y le respondía: “Dulcísima madre, no os turbéis ahora, porque, aunque me haya tardado un poco, haré todo lo que conviene a vuestro servicio”. Y así lo hacía, porque preparaba la comida y le hacía todos los servicios necesarios.

Lapa, cuando supo que servía a una leprosa, tuvo mucho enojo y le dijo: “Hija, tú serás leprosa con este servicio que le haces. Por eso, no consentiré que le sirvas”. Y Catalina, con dulzura, amansaba el furor de su madre, diciendo que no temiese su infección ni que se le pegase la lepra; que le dejase cumplir ese servicio. Pero, permitiéndolo Dios, la lepra se le pegó a las manos, pero ella más quería ser leprosa, haciendo aquel servicio, que ser sana, dejándolo.

La enferma acabó sus días y Catalina le sirvió hasta el último día. Una vez muerta, Catalina lavó su cuerpo y lo vistió, lo puso en las andas y lo hizo llevar a la iglesia; y con sus propias manos la enterró. Cuando quedó enterrada, súbitamente se le quitó la lepra a la santa virgen y quedó tan limpia como si nunca la hubiera tenido; y quedaron sus manos más hermosas y resplandecientes que los otros miembros de su cuerpo ²⁹.

En otra ocasión, vino a su conocimiento que, en su vecindad, había algunas personas muy necesitadas, que tenían extrema necesidad y que de vergüenza no pedían limosna. No lo oyó con orejas sordas y algunas veces, de gran madrugada, cargábase de pan, vino, aceite y de las cosas que podía haber en su casa y ella sola se iba hasta las puertas de aquellas personas pobres y, haciéndolo Dios maravillosamente, hallaba las puertas abiertas y ponía dentro de la puerta lo que llevaba, y sin ser sentida, echaba a huir. Aconteció una vez que estaba enferma en cama. Desde la planta del pie hasta la cabeza estaba toda hinchada y no se podía levantar de la cama ni tenerse sobre los pies. Oyó que en la vecindad había una viuda muy pobre, que tenía hijos e hijas que se morían de hambre y tenían gran miseria... Le pidió a su esposo Jesús que le diese salud por un poco de tiempo hasta que pudiese socorrer a aquella pobrecita viuda. Plugo al Señor oír su oración y, de muy madrugada, buscó por toda la casa y llenó un

²⁹ II, 4.

costal de trigo y un barril grande de vino, y una vasija que halló de aceite y otras cosas de comer, y lo recogió todo en su celda. Cada cosa por sí pudo traer a su celda, pero todas ellas juntas y tan gran espacio de camino no le parecía posible llevarlas ella a la casa de la viuda. Pero juntó todas aquellas cosas y las cargó sobre su cuerpo. Una cosa llevaba colgada del brazo derecho, otra del izquierdo, otras llevaba en los hombros y otras colgadas en la cintura... Y pudo llevar todo tan ligeramente como si ninguna cosa pesara. Era costumbre en Siena que ninguno anduviera por la calle hasta que tañía una campana muy de mañana, que llamaban la campana del día. Y, cuando la campana fue tañida, la santa virgen, aunque bien moza y con el cuerpo todo hinchado, salió sola de casa cargada y fue hacia la casa de la viuda. Pero al llegar cerca de la casa de la viuda, comenzaron las cosas que llevaba a pesar gravemente, de modo que no podía moverlas ni siquiera un paso. Ella sintió que su dulcísimo esposo jugaba con ella y comenzó con gran confianza a llamarlo y luego levantó la carga, aunque con dificultad, para que más mereciese, y llegó a la morada de la viuda. Metió la mano entre las puertas y las abrió; y entrando en casa, puso la carga que llevaba y, al descargar, dio un golpe tal que despertó a la viuda y a los de su casa. Catalina echó a correr, pero, jugando con ella su celestial esposo, no podía andar; por lo cual, ella, llorando y sonriéndose del juego, comenzó a hablar diciendo: “oh dulcísimo esposo mío, ¿te parece bien que deteniéndome yo aquí sea escarnecida y confundida?... Dame, Señor, fuerzas para volver a la casa de mi padre”. Y arrastrándose se apartó algo de la casa de la viuda, pero no tanto. La viuda, ya levantada, la miró y la conoció por el hábito de su bienhechora... Y su esposo le restituyó la fuerza que antes le había dado, pero no tan perfecta como la primera vez y así vino a su casa³⁰.

Un día, un pobre le pidió el mantito que llevaba y ella se lo dio. Los confesores que la acompañaban se lo compraron al pobre y se lo devolvieron. Y le dijeron que, a ese paso, se quedaría sin hábito. Ella respondió: “Más prefiero estar sin hábito que sin caridad”³¹.

Había en Siena una mujer, llamada Palmerina, hermana de la penitencia de santo Domingo. Ella había dado todos sus bienes al hospital de la misericordia de la misma ciudad y concibió tanto odio y tanta envidia y soberbia contra Catalina que no sólo no la podía ver, pero ni siquiera oírla nombrar. Siempre hablaba mal de ella. En cambio Catalina se esforzaba con todas sus fuerzas en aplacarla de diversas maneras con mansedumbre y humildad. Y pedía a su divino esposo por ella... El Señor hirió primero a Palmerina en su cuerpo para sanar su alma... Pero, a pesar de estar enferma, más crecía su odio a la santa virgen y más lo mostraba enferma que sana. Catalina procuraba ayudarle

³⁰ II, 3.

³¹ Carta de un religioso cartujo, discípulo de Catalina a fray Tomás Antonio de Siena.

y hacerle servicios, pero ella la echaba fuera de casa. Ya estaba para morir y, al saberlo Catalina, se encerró en su celda y con muchas lágrimas y oraciones comenzó a llamar a su esposo, rogándole que no perdiese aquella alma... El Señor, estando enferma ya en agonía, le hizo conocer su culpa y le dio la gracia de una verdadera contrición de sus pecados, como le fue revelado a la santa virgen. Y, al saberlo, fue adonde estaba Palmerina. Ésta comenzó a mostrar gran gozo ante su presencia y con señas se acusaba y pedía perdón a Catalina. Así con gran devoción y contrición de corazón, dio su alma en las manos de Dios. Después de su muerte, el Señor le mostró a su esposa que se había salvado³².

5. PESTE NEGRA Y RELAJACIÓN

La peste negra, producida según se supone, por las picaduras de las pulgas de las ratas, se extendió por toda Europa en el siglo XIV a partir de 1347.

El año 1348 llegó la peste negra a Siena. Murieron las tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad. *No sonaba campana alguna; no había nadie para llorar a los muertos, porque los sobrevivientes tenían el mismo destino... El padre no asistía a la muerte de su hijo; el hermano huía de su hermano, la esposa abandonaba al esposo por temor al contagio, ya que esta horrible enfermedad podía contraerse por solo el aliento del enfermo. Los cadáveres eran enterrados precipitadamente y sin ninguna solemnidad; y muchos eran desenterrados por los perros que los devoraban en medio de las calles de la ciudad... Y yo, Agnolo de Tura, apodado el Gordo, enterré con mis propias manos a cinco de mis hijos en una sola tumba³³.*

Esto, unido al hecho de que el Papa vivía en Aviñón, lejos de Italia, ocasionó una relajación de costumbres.

Los tres vicios más comunes eran la impureza, la avaricia y el deseo de poder. Por eso, Catalina le escribía al Papa Gregorio XI que, además de volver a Roma, iniciara una reforma de las costumbres. Santa Brígida de Suecia, en su libro de *Revelaciones*, describe algunos vicios del clero y del pueblo. La misma Catalina le escribía al Papa a Aviñón: *Poned mano en suprimir la pestilencia en los ministros de la santa Iglesia. Arrancad las flores pestilentes y poned plantas aromáticas, hombres virtuosos que teman a Dios. Después ruego a vuestra*

³² II, 4.

³³ Jörgensen, p. 110.

*Santidad que condescienda en conceder la paz y recibirla por el modo que se pueda obtener, atendiendo siempre a la santa Iglesia y a vuestra conciencia*³⁴.

No obstante, también florecieron un grupo de grandes santos. Además de Catalina, santa Brígida y su hija santa Catalina de Suecia, santa Inés de Montepulciano, el beato Juan Colombini, el beato Esteban Maconi, la beata Clara Gambacorta, el beato Bernardo Tolomei, el beato Raimundo de Capua y un grupo de seguidores de Catalina.

¡Cuánto oraba y sufría ella por el bien de la Iglesia! En la carta 373 refiere: *Cuando es la hora tercia, me marcho a la misa y veríais a una muerta caminar a San Pedro, y entro de nuevo a trabajar (orando) en la navecilla de la santa Iglesia. Allí me estoy hasta la hora de vísperas y no quisiera salir de aquel lugar ni de día ni de noche hasta no ver al pueblo un poco afirmado y compenetrado con su Padre. Este cuerpo se halla sin comida alguna, sin una gota de agua, con tan dulces tormentos corporales como en tiempo alguno he sufrido, tanto que mi vida está aquí por un pelo. Ahora no sé lo que querrá hacer de mí la divina bondad. En cuanto a lo corporal, creo que este tiempo debo pasarlo como un nuevo martirio por la santa Iglesia*³⁵.

6. EL DEMONIO

Como en la vida de todos los santos, el demonio, con el permiso de Dios, la tentaba con fuertes tentaciones y hasta, en alguna ocasión, la maltrataba. Ella lo llamaba *Malatasca*. Veamos algunos ejemplos.

Después de ser recibida como hermana de la penitencia, una noche estaba en su habitación y el demonio la tentó: *“Tú también, le dijo, podías ocupar un puesto entre las jóvenes adornadas, que juegan con sus alegres niños. ¿Por qué te has cortado tus cabellos dorados? ¿Por qué llevas un cilicio al cuerpo y vas a vestir el traje grosero de esas hermanas? En ese momento se le presentó un joven esbelto y muy hermoso, como un paje que le presentaba un rico vestido de seda, bordado de oro y cargado de piedras preciosas. Catalina quedó admirada ante ese vestido deslumbrador y el joven se lo iba a vestir, cuando reaccionó, pensando que era una tentación y se puso de rodillas, gritando: “Oh amado esposo, tú sabes que no he deseado nunca más que a ti, ven en mi socorro”. Y el tentador desapareció.*

³⁴ Carta 270 de abril de 1377.

³⁵ Carta 373 del 15 de febrero de 1380.

De pronto se presentó la Virgen María, que traía en su brazo una túnica resplandeciente, bordada de oro y piedras preciosas. Le dijo: “Este traje lo he sacado del Corazón de mi Hijo. Estaba encerrado en la herida de su costado como en un estuche dorado y lo he bordado con mis propias manos”. Y la Virgen la revistió con la celeste túnica ³⁶.

Ella decía muchas veces a sus confesores que era tanta la muchedumbre de los demonios que ella veía en su celda y tantos los entendimientos de malos pensamientos que le daban que de muy buena voluntad echaba a huir de ella en algún tiempo y, por ello, estaba en la iglesia más de lo que solía, porque allí la acompañaban las molestias infernales, pero más mansamente... Y siempre que tornaba a su celda, hallaba en ella tan gran muchedumbre de demonios que le decían palabras sucias y, delante de ella, hacían actos de mucha torpeza y lujuria, que, casi como moscas muy importunas, la molestaban ³⁷.

Uno de aquellos demonios, el más osado y malicioso, habló a la santa virgen de esta manera: “Oh miserable de ti, ¿qué vas a hacer? ¿Toda tu vida has de pasar en esta miseria? Hasta la muerte nunca cesaremos contigo en esta batalla, si no consientes en lo que queremos”. Ella respondió: “Yo penas escogí y, no solamente no me es difícil, sino muy deleitable, sufrir estas penas y otras mayores por el nombre de mi Salvador... Y los demonios huyeron y apareció una gran luz de arriba que alumbraba toda la celda y, en la misma luz, estaba Jesucristo nuestro Señor en la cruz. Desde la cruz le dijo: “Hija mía, Catalina, mira cuántos trabajos y tormentos yo pasé por ti. No te sea tan grave sufrir por mí”. Después de esto se le apareció en otra figura... y ella le dijo: “Oh, Señor mío, ¿dónde estabas cuando mi corazón era tan atormentado por tantas torpezas?”. El Señor le respondió: “Yo estaba en tu corazón”. “Y ¿cómo puedo creer que estabas en mi corazón, si estaba tan lleno de torpes y sucios pensamientos?”. El Señor respondió: “Dime, hija, esos tales pensamientos y tentaciones ¿causaban en tu corazón alegría o tristeza? Ella dijo: “Ciertamente, Señor mío, no causaban, sino grandísima tristeza y dolor”. Jesucristo le dijo: “Dime, ¿quién hacía que tú te entristecieras y no te deleitases en ellos, sino yo, que estaba escondido en tu corazón?... Mi presencia en tu corazón te causaba tristeza y desplacer” ³⁸.

Otro caso. Hubo en Siena un religioso, que admiraba a Catalina, y, poco a poco, se dejó llevar de un amor deshonesto engañado por el diablo. Un día, estaba desesperado por sus celos y quiso matarla en la iglesia, pero alguien se dio cuenta y evitó que le hiciera daño. Al poco tiempo, este religioso dejó la

³⁶ Jørgensen, pp. 49-51.

³⁷ I, 11.

³⁸ I, 11.

*Orden y el hábito y se fue a su casa, a un castillo lejos de Siena. Allí vivía desesperado. Ella por su parte rezaba mucho por él. Se le aparecían algunos demonios que le gritaban diciendo: “Tú quieres quitarnos esa alma que es nuestra”; y la agarraban por la garganta y la golpeaban. Finalmente, el hombre, desesperado, se ahorcó*³⁹.

Catalina recibía golpes de *Malatasca*. Un día, el burro que la llevaba tropezó y cayó en el barro, con tan mala fortuna que las herraduras del animal le alcanzaron en el costado, donde siempre sentía dolor, pero ella todo lo ofrecía a Jesús, por su amor y por el bien de la Iglesia.

A veces sucedía que el demonio la tiraba al fuego. *Sus acompañantes se lanzaban a sacarla pero ella, con dulce risa y alegre rostro, salía del fuego sin ninguna lesión en el cuerpo, ni en los vestidos, y les decía: “No tengáis miedo, que Malatasca es”*. Así llamaban al demonio⁴⁰.

*Otra vez, en tiempos de grandes fríos, estaba ella en su celda enferma. Tenía un brasero de barro lleno de brasas. El enemigo tomó el brasero y lo rompió encima de su cabeza y echó sobre ella y sobre la cama las brasas. Pero ni se quemó la ropa, ni cosa alguna, ni su cabeza recibió daño alguno. Y ella comenzó a reír*⁴¹.

Le escribió a una prostituta: *Piensa que has olvidado a tu Creador... Estando separada y apartada de Cristo por el pecado mortal, te has hecho leña estéril y seca sin fruto alguno. En esta vida comienzas a gozar las primicias del infierno. ¿No piensas, hija, cuánta es esta esclavitud y lo desgraciada y miserable que eres?... Sal, sal de la peligrosa esclavitud y oscuridad a que has llegado... ¿No ves que eres amada con amor pecuniario, que te causa la muerte?... Levántate de tanta miseria y corrupción... Te digo, dulcísima hija, que, si vomitas la corrupción del pecado por la santa confesión, la dulce benignidad de Dios ha asegurado: “Te prometo que nunca más me acordaré de que me has ofendido”... Acude a la dulce María que es madre de piedad y de misericordia...*

*Si me dijeras no tener de qué vivir, te contesto que Dios te ayudará. No quieras esperar el juicio divino, que caerá sobre ti, si no lo hicieres. No quieras ser más tiempo miembro del demonio, que te utiliza como lazo para atrapar a personas. No es sólo el mal que te haces a ti. Piensa de cuántos eres causa de que vayan al infierno*⁴².

³⁹ I fioretti, p. 25.

⁴⁰ Malatasca significa mala talega o alforja, porque talega es de las almas.

⁴¹ II, 2.

⁴² Carta 276.

Y Dios le dio el poder de expulsar demonios. *Había una niña de 8 años, llamada Laurencia, que estaba poseída por un demonio y se la llevaron a Catalina. Al principio no quiso recibirla; pero, después de unos días, fray Tomás, su confesor, le ordenó por obediencia que recibiese a la niña y la tuviese en su oratorio toda la noche. Catalina la hizo arrodillarse y oró por la niña. Toda la noche la pasó batallando contra el demonio. Y antes de que amaneciese, el demonio salió y la niña quedó sin lesión alguna corporal. Al verlo, sor Alexia se lo dijo a fray Tomás. Los padres y parientes de la niña vinieron a la casa y, hallándose la niña maravillosamente bien, dieron gracias a Dios todopoderoso y a la santa Virgen con muchas lágrimas*⁴³.

A los pocos días el demonio entró de nuevo en la niña. Catalina lo supo por revelación de Dios y acudió a visitarla. De nuevo tuvo que orar por la niña hasta que fue librada totalmente. Y Laurencia entró en un monasterio y sirvió a Dios muchos años.

*Estando Catalina con una señora, llamada Blanquina, viuda de Juan Angelino de Salimbenis, en una aldea llamada Rocha, una mujer de ese lugar estaba poseída por el demonio. La llevaron a Catalina, que estaba ocupada, haciendo las paces entre dos grandes enemigos. Les pidió que la esperasen... El demonio no podía estar tranquilo y, cuando llegó Catalina, empezó a gritar: “Ya viene esa maldita”. ¿Por qué me detenéis aquí?”. Catalina le dijo: “Levántate, mezquino, y sal de aquí y de esta criatura de Jesucristo. De aquí en adelante no te atrevas a afligirla ni atormentarla”. El demonio salió del cuerpo, pero se manifestaba en la garganta con movimientos e hinchazones. Ella puso su mano en la garganta de la mujer, le hizo allí la señal de la cruz y el demonio salió, quedando la mujer sana en presencia de todos*⁴⁴.

7. AVIÑÓN

Una de las grandes victorias de la vida de santa Catalina de Siena fue el conseguir que el Papa de Aviñón volviera definitivamente a Roma.

Desde 1305 los Papas establecieron su residencia en Aviñón, pero ya algunos Papas anteriores se habían ausentado frecuentemente de Roma, siempre agitada por insurrecciones. Por eso, nadie se sorprendió cuando el arzobispo de Burdeos, elegido Papa con el nombre de Clemente V, se hizo coronar en Lyon y fijó su residencia en Aviñón, al igual que su sucesor Juan XXII. El año 1350

⁴³ II, 9.

⁴⁴ II, 9.

llegó a Roma con motivo del Jubileo santa Brígida de Suecia y le escribió al Papa para que hiciera la paz entre Francia e Inglaterra y regresara a Roma. Urbano V intentó regresar a Roma y, a pesar de las protestas del rey de Francia y de los cardenales franceses, abandonó Aviñón el 30 de abril de 1367. Fue recibido en Italia y, especialmente en Roma, con mucho gozo y alegría. Hizo su entrada solemne en Roma el 16 de octubre de ese año, pero fue por poco tiempo. En 1370 el Papa abandonó de nuevo Italia y se fue a Aviñón, donde murió unos meses después. Le sucedió Gregorio XI. Santa Brígida de Suecia le exhortó a que regresara a Italia, pero murió en 1373 sin verlo.

De todos modos, no pensemos que los Papas de Aviñón fueron malos. Jacques Leclercq afirma: *Los Papas de Aviñón son frecuentemente calumniados. Sin embargo, fueron en general personas muy honradas. Incluso uno de ellos, Urbano V, el predecesor de Gregorio XI, es venerado como bienaventurado. Su Corte estaba lejos de ser una corte de ociosos. Fue una edad de oro del derecho canónico y las misiones de Oriente recibieron un vigoroso impulso de estos pontífices desterrados. Su gran equivocación fue, siendo Papas franceses, el fijarse en Francia y rodearse de cardenales franceses, alterando el carácter romano de la Iglesia. Parecían perder de vista que el sucesor de Pedro es el obispo de Roma y que su sitio estaba en su ciudad episcopal*⁴⁵.

No obstante hay que reconocer que no se puede decir lo mismo de algunos cardenales franceses, cuyas hermanas y sobrinas se metían en sus asuntos y ellos llevaban con frecuencia una vida fácil. Por eso, Catalina sentía disgusto de estos cardenales, puesto que aquel no era el lugar del Vicario de Jesús.

Catalina, en todas sus cartas al Papa, recalca su retorno a Roma, reformar las costumbres de la Iglesia y animarlo a proclamar una Cruzada contra los musulmanes, que asolaban los países cristianos y tenían en su poder los Santos lugares de Palestina. Le decía: *Venid, venid y no hagáis resistencia a la voluntad de Dios que os llama. Las ovejas esperan hambrientas a que vengáis a tener y poseer el lugar de vuestro antecesor y campeón Pedro. Porque Vos, como Vicario, debéis estar en vuestro lugar propio. Venid, venid y no lo demoréis más. Sed fuerte y no temáis nada que os pudiera sobrevenir, porque Dios estará con vosotros*⁴⁶.

*Os suplico, Padre en Cristo Jesús, que vengáis pronto como cordero manso. Responded al Espíritu Santo que os llama. Os repito: “Venid, venid y no esperéis al tiempo, que el tiempo no espera”*⁴⁷.

⁴⁵ Jacques Lecrecq, p. 50.

⁴⁶ Carta 196 de enero-febrero de 1376.

⁴⁷ Carta 206 de marzo de 1376.

Un día Catalina oraba al Señor y Jesús le respondió: *Dile, (al Papa) asegurándoselo, que le doy la mejor señal de que es mi voluntad que vaya y cuantas más contrariedades le vengan y más se opongan a su marcha, más sentirá crecer en sí la fortaleza de manera que parecerá que nadie la puede doblegar, en contra de su temperamento* ⁴⁸.

Catalina fue a visitar personalmente al Papa Gregorio XI. Llegó a Aviñón el 18 de junio de 1376 con 23 acompañantes. El padre Raimundo hacía de traductor, ya que el Papa no sabía la lengua toscana de Catalina y Catalina no sabía ni latín ni francés. Fray Raimundo le traducía al Papa en latín y a Catalina en toscano.

En un momento dado, Catalina le dijo al Papa Gregorio XI para animarlo a volver a Roma: *¿No recordáis, Santidad, la promesa que hicisteis al Señor, cuando aún erais cardenal? Había prometido efectivamente volver a llevar la Sede de Pedro a Roma, si esto dependiese de él. Y, si esta promesa era real, ¿cómo podía conocerla Catalina, venida de lejos y sin haber oído jamás hablar al Papa?*

Durante su estancia en Aviñón, había tres grandes prelados franceses que desconfiaban de lo que Catalina hablaba con el Papa y le pidieron a Su Santidad hablar con ella, a ver si podían desprestigiarla y ponerla en ridículo en cosas de fe. Para ello fueron a la casa donde se alojaba. *Comenzaron con gran soberbia, escarneciéndola con palabras mordedoras y entre otras cosas le dijeron: “De parte de nuestro señor el Papa somos venidos a ti y deseamos saber si te enviaron los florentinos. Si es verdad que ellos te enviaron, estamos maravillados. ¿Por ventura no tienen algún valiente varón que puedan enviar para tan grande negocio a tan gran señor como es el Papa? Y, si ellos no te enviaron, mucho nos maravillamos que, siendo una mujer vil, presumas hablar de tan grande materia con el Papa.*

La santa virgen, prudentísima, inmóvil como una columna firme, perseveraba humilde y daba respuestas tan eficacísimas que ellos se maravillaban... Después le propusieron muchas cuestiones, en especial de sus arrebatamientos y elevaciones y de su modo de vivir singular, diciéndole que el apóstol san Pablo dice que el ángel de Satanás se transfigura en ángel de luz y que cómo conocía ella, si era o no engañada por el diablo. Y así otras cosas...

⁴⁸ Carta 238 de septiembre de 1376.

A la postre se fueron muy edificados y consolados y contaron al Papa que nunca jamás habían hallado un alma así, humilde y alumbrada ⁴⁹.

Catalina suscitó mucha curiosidad entre las damas francesas que habían oído hablar de que era una santa. Ellas se citaban en las iglesias para sorprenderla en éxtasis. Incluso un día una sobrina del Papa (Elisa de Turena) quiso experimentar si en el éxtasis había fraude y le clavó una larga aguja en el pie. Catalina no sintió nada, pero al volver en sí tuvo mucho dolor en el pie y debió pasar algunos días hasta que se le curó. El Papa le concedió varios privilegios: Podía hacerse acompañar a todas partes por tres confesores, que pudieran absolver a los pecadores, incluso de pecados reservados; también podía tener en su casa una capilla donde pudieran celebrar misa los sacerdotes.

Por fin el Papa se decidió, a pesar de que los cardenales franceses no tenían prisa y lo desanimaban. Salió de Aviñón con su acompañamiento el 13 de septiembre de 1376. El 2 de octubre dejó Francia y se embarcó en Marsella.

Llegó a Savona el 17 de octubre y el 18 a Génova. Allí recibió noticias desalentadoras. Roma se hallaba en plena insurrección y los florentinos luchaban con éxito contra las tropas pontificias. El dux de Génova se mostraba neutral. El Papa reunió el Consistorio de cardenales, que votaron por la vuelta a Aviñón. El Papa vaciló. Sabía que Catalina estaba en la misma ciudad de Génova, pero si la hacía llamar, los cardenales se opondrían. Decidió ir a buscarla en privado él mismo, sin escolta, en la noche, vestido como un simple sacerdote. Catalina al verlo se postró a sus pies y conversaron bastante, saliendo él *edificado y fortalecido*. Gregorio, con nueva fuerza, se opuso a los cardenales y el 29 salió hacia Liorna, adonde llegó el 7 de noviembre. Allí lo recibieron magníficamente. Después de estar una semana en Liorna, la flota pontificia emprendió viaje y el 5 de diciembre pisó por fin suelo de los Estados Pontificios en Corneto, donde decidió pasar las fiestas de Navidad.

El 17 de enero de 1377 hizo su entrada solemne en Roma, montado en una mula blanca. En torno suyo el pueblo romano se alegraba y a su paso le llovían flores y confetti. Cuando llegó el atardecer a la plaza de San Pedro, ésta se hallaba iluminada por 800 lámparas.

⁴⁹ Carta de un cartujo a fray Tomás Antonio de Siena.

8. LA PAZ CON FLORENCIA

En aquel tiempo, en casi toda Italia, había dos grandes partidos políticos: los güelfos, partidarios del Papa, y los gibelinos, partidarios del emperador de Alemania y enemigos de los güelfos y del Papa. Cuando el Papa Gregorio estaba todavía en Aviñón, el 20 de marzo de 1376, declaró en entredicho a Florencia, porque se había rebelado contra la autoridad papal, como perteneciente a los Estados pontificios.

Estar en entredicho significaba la prohibición del culto público. Era en la práctica como la excomunión a toda la ciudad. En aquellos tiempos esto era algo grave, pues las ciudades vecinas no podrían comerciar con Florencia, que tendría muchos perjuicios económicos, además de que todos estaban acostumbrados a las funciones litúrgicas y verse privados de ellas era como quitarles algo muy querido.

Los florentinos decidieron enviar una delegación a Aviñón para arreglar el problema y pensaron en Catalina, a quien mandaron llamar a Pisa, donde se encontraba en ese momento. La embajada se encomendaba al grupo de Catalina en el que también estaba fray Raimundo y fray Juan Tercero y fray Félix Massa. Los florentinos dieron buenas palabras, pero no las cumplieron. A principios de 1378 o fines del año anterior, el Papa la envió a Florencia con un grupo de sus discípulos para arreglar el asunto pendiente de la paz. No se consiguió, porque había algunos gobernantes contrarios a la paz. El día 22 de junio de 1378 los contrarios a la paz persuadieron al pueblo para sublevarse y el pueblo se lanzó al saqueo. Se dirigieron a la casa donde estaba hospedada Catalina.

Los revoltosos encontraron a Catalina en el jardín de la casa, rodeada de su grupo de compañeras mantelatas y de sus amigos Neri, Balduccio y Cristóforo de Gano. Ella avanzó sola, como Jesús en el huerto, y les dijo: *Soy yo, tomadme y dejad a los que me acompañan*, pero ninguno de ellos se atrevió a echarle mano. Tuvieron que salir de allí, pero en ninguna casa los querían recibir por temor. Sólo un sastre, Francisco di Pippino, se arriesgó y Dios lo bendijo. Al mes siguiente (julio de 1378) se hizo la paz y ella desde Florencia escribió su primera carta al Papa Urbano VI para declararle su adhesión personal por considerarlo el verdadero Papa.

9. EL GRAN CISMA

Gregorio XI murió el 27 de marzo de 1378 Y fue elegido Papa Urbano VI, que fue coronado solemnemente el 18 de abril. Durante dos meses todo discurrió normalmente. El Colegio cardenalicio participó la elección a los seis cardenales que estaban en Aviñón. Y lo mismo hizo al emperador alemán y a otros soberanos de distintos países, pero algunos cardenales franceses estaban descontentos de tener que estar en Roma y, al llegar el calor del verano, salieron de la ciudad y se reunieron en número de trece en Anagni. El Papa pensó que podía haber alguna oposición y envió a los tres cardenales italianos, Orsini, Brossano y Corsini, a calmar los ánimos, pero no pudieron hacerlo.

En agosto los cardenales franceses le enviaron al Papa una carta en la que le calificaban de obispo de Bari y le declaraban que él había sido elegido por la fuerza y presiones del pueblo romano, que quería un Papa romano o al menos italiano, manifestando que su elección había sido ilegal.

El gran cisma estalló el 20 de septiembre de 1375, cuando los cardenales hostiles a Urbano VI se reunieron en Fondi y eligieron Papa al cardenal Roberto de Ginebra con el nombre de Clemente VII; el cual fue solemnemente coronado en la catedral de Fondi. Del lado del antipapa estaba Francia, Nápoles, Saboya, Piemonte, el ducado de Monferrato, Baviera, Luxemburgo y Escocia.

Cuando comienza el cisma, Catalina escribe a los reyes de Francia y Hungría; a Juana de Nápoles, a los cardenales y a las ciudades más importantes, para decirles con claridad que el verdadero Papa es Urbano VI.

A los tres cardenales italianos, que desobedecieron al Papa Urbano VI y se pasaron al antipapa Clemente, escribe: *Ay, necios, dignos de mil muertes. Como ciegos, no véis vuestro mal. A tal turbación habéis llegado que vosotros mismos os habéis hecho mentirosos e idólatras. Y, aunque fuese verdad, que no lo es, lo que decís, nos habríais mentido, ya que nos lo proclamasteis por Sumo Pontífice como lo es. ¿No le habríais reverenciado falsamente, venerándolo como a Cristo en la tierra? ¿No habríais sido simoníacos al solicitar gracias y usar de ellas ilícitamente? Sí, ciertamente. Ahora han nombrado al antipapa y vosotros con ellos*⁵⁰.

A Urbano VI le dice: *¡Desventurada alma mía, causa de estos males! He oído que los demonios, hechos carne (cardenales desobedientes), han elegido, no a Cristo en la tierra, sino que han hecho nacer un anticristo contra Vos, Cristo en la tierra. Confieso, y no lo niego, que sois el Vicario de Cristo, que tenéis las*

⁵⁰ Carta 310 de finales de 1378.

*llaves de la bodega de la santa Iglesia, donde está la sangre del Cordero inmaculado. También sois su administrador, aunque disguste a quien quiera decir lo contrario, para confusión de la mentira, a la cual confundirá Dios con su dulce verdad*⁵¹.

A Juana de Nápoles le dirige varias cartas para animarla a dejar de apoyar al antipapa. Le recuerda: *Bien se acuerdan vuestros súbditos que, cuando Urbano VI, el Papa verdadero, fue elegido con grande y verdadera elección y coronado con grande solemnidad, mandasteis celebrar gran fiesta al modo que el hijo debe celebrar la exaltación del padre, y la madre la del hijo. Él era vuestro hijo y padre: Padre, por la dignidad a que había llegado; e hijo porque era súbdito vuestro, o sea, de vuestro reino. Mandasteis además que todos obedeciesen a Su Santidad como a Sumo Pontífice. Ahora os veo cambiada con la cualidad femenina de no tener firmeza y queréis que hagan lo contrario*⁵².

El 28 de abril de 1379, un ejército que apoyaba a los cismáticos, fue derrotado por los partidarios del Papa, con lo que los franceses, que todavía dominaban el castillo de Sant'angelo, se rindieron y el Papa pudo por fin ir a vivir al Vaticano y considerarse libre de los ataques de los cismáticos. El antipapa Clemente VII consiguió llegar a Aviñón y allí estableció su sede, consolidándose el cisma. Una de sus primeras disposiciones fue excomulgar a los cardenales de Urbano VI y crear nuevos cardenales a su favor. En abril de 1380 Juana de Nápoles, que apoyaba a los cismáticos, envió unas milicias capitaneadas por Rinaldo Orsini para capturar al Papa Urbano. Por ello el Papa la excomulgó el 21 de este mes.

El cisma dio lugar a una gran división de la cristiandad. Unos obedecían al Papa de Roma y otros al cismático de Aviñón. Algunas diócesis tenían dos obispos, de acuerdo al Papa de su obediencia. Lo mismo sucedía en algunas abadías u Ordenes, según fueran nombrados por uno u otro. El prestigio de la Iglesia decayó y la disciplina religiosa se resintió. Urbano VI no supo hacerse querer y, más bien, después de la muerte de Catalina, trató con violencia a sus cardenales.

A Urbano VI, el verdadero Papa, le sucedieron Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII. Al antipapa Clemente VII le sucedió Benedicto XIII. Ante este panorama desolador, tomó fuerza la teoría conciliar de que el concilio universal era superior al Papa. Esta teoría herética era una manifestación del deseo de encontrar una solución al cisma. Por ello se celebró el concilio de Pisa en 1409 y declaró cesantes a los dos: Gregorio XII y Benedicto XIII. Eligieron

⁵¹ Carta 306 del 5 de octubre de 1378.

⁵² Carta 317 a finales de 1378.

un nuevo Papa en la persona de Alejandro V, pero como los depuestos no reconocieron la elección, resultaron tres *Papas* a la vez. Alejandro V murió al año siguiente y quedaron de nuevo los dos anteriores.

Por fin, se reunió el concilio universal de Constanza (1414-1418) y todo se pudo solucionar, cuando el verdadero Papa Gregorio XII abdicó en bien de la Iglesia. Antes de renunciar, dio lectura a una bula por la cual convocaba al concilio de Constanza, dándole así validez a sus decisiones. El 11 de noviembre de 1417 se realizó el cónclave y fue elegido por unanimidad Martín V, superándose así el gran cisma, que tanto daño hizo en 39 años. Catalina desde el cielo, con seguridad, intercedió ante Dios por la solución de este gran problema, ya que ella había ofrecido muchas veces su vida a Dios por la Iglesia.

SEGUNDA PARTE DONES EXTRAORDINARIOS

1. AMOR A JESÚS EUCARISTÍA

Un día un obispo criticó a Catalina el hecho de comulgar diariamente y le refirió el dicho de san Agustín: “El comulgar cada día ni lo alabo ni lo vitupero”. Ella respondió: “¿Por qué usted me vitupera por comulgar todos los días, si san Agustín no lo vitupera? Santo Tomás de Aquino afirma: “Comulgar frecuentemente, o cada día, acrecienta la devoción del que comulga, pero algunas veces amengua la reverencia del santo sacramento. En este caso debe abstenerse por algún tiempo de la comunión para que comulgue después con más devoción. Pero, si la reverencia al Santísimo Sacramento, no disminuye, sino que la acrecienta, entonces debe perseverar en la frecuente comunión, porque sin duda el alma bien dispuesta alcanza muy grande gracia por recibir tan maravilloso y excelentísimo sacramento”⁵³.

Fray Raimundo le permitió comulgar todos los días. Ella le decía: “Padre, me muero de hambre; por amor de Dios os pido que me deis el manjar de la vida de mi alma”. Por esto, el Papa Gregorio XI le concedió una bula para que su confesor pudiese absolverla y pudiese traer un altar portátil para que pudiese oír misa y recibir la comunión todos los días⁵⁴.

Un año, el día de la fiesta de san Marcos evangelista, por la mañana, estando en Siena, en la casa en que moraba la santa virgen, ella le dijo a fray Raimundo: “Padre, si supieseis cuánta hambre tengo”. “Ya ha pasado la hora

⁵³ II, 12.

⁵⁴ II, 12.

de celebrar y yo estoy muy cansado”. Después de otro rato le volvió a repetir que se moría del deseo de comulgar. Entonces el padre celebró la misa. Después que él consumió el sacramento, vio el rostro de Catalina como el de un ángel, lleno de rayos y resplandores. Y vio que la hostia se fue por sí misma de la patena y dio de comulgar a Catalina ⁵⁵.

Otro día pasó algo parecido, ya que ella deseaba mucho comulgar. El padre Raimundo celebró la misa y Catalina estaba al fondo de la iglesia, porque sus hermanas le habían dicho que no comulgase por las murmuraciones de algunos, al comulgar todos los días. El padre Raimundo observó que una parte de la hostia había desaparecido del altar y se preocupó, buscando dónde podía estar... Después de la misa, al ver a Catalina, ella se sonrió y le manifestó: *Recibí la hostia de mano de Jesucristo nuestro Señor ⁵⁶.*

Era tan grande su deseo de la santa comunión que algunas veces, si no comulgaba, padecía su cuerpo tan duras pasiones que casi llegaba a punto de morir ⁵⁷.

Y, cuando comulgaba, eran tantas las gracias y celestiales consolaciones que recibía que redundaba en su cuerpo... y le mudaba la naturaleza de su estómago que no tenía necesidad de manjar corporal y, si comía algo, recibía un gran tormento corporal. Y, si alguna vez porfiaba y se hacía fuerza en comer alguna cosa, padecía un gravísimo dolor y ninguna digestión hacía ⁵⁸.

Un día Catalina fue a misa a su parroquia de Santo Domingo de Siena, se acercó al momento de la comunión, pero el sacerdote hizo como que no la había visto y pasó de largo. Otros dos sacerdotes celebraron la misa después, pero tampoco le dieron la comunión, pues el prior del convento, Bartolomé Montucci, había prohibido que ese día le dieran de comulgar. Catalina se quedó tranquila en su lugar y, de pronto, vino una claridad celestial y vio a Dios Padre y a su divino Hijo, sentados uno junto al otro en un trono de gloria, y al Espíritu Santo sobre ellos en forma de paloma. Después apareció una mano de fuego, sosteniendo una hostia de deslumbradora blancura, y una voz dijo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Catalina sintió la hostia consagrada pasar como un carbón ardiente por sus labios y penetrar en ella como una chispa de fuego ⁵⁹.

Un año, unos días antes de la Ascensión, se sintió tan débil que parecía que no podía soportar sus sufrimientos. Preguntó a Jesús: “¿Cuánto tiempo

⁵⁵ II, 12.

⁵⁶ II, 12.

⁵⁷ II, 4.

⁵⁸ II, 4.

⁵⁹ Jørgensen, pp. 136-137.

deberé sufrir este tormento?”. Le contestó: “Hasta el día de la Ascensión”. Y, mientras ese día las procesiones pasaban por los campos para bendecir las cosechas, el Señor le envió un ángel, vestido de blanco, que le trajo la comunión y, durante los tres días de rogaciones, no pudo conversar con persona alguna ⁶⁰.

Jesús le dice en el Diálogo: Recuerda que, yendo por la mañana, al amanecer, a la iglesia para oír misa, después de haber sido antes atormentada por el demonio, te pusiste de pie ante el altar del crucifijo. El sacerdote había ido al altar de María. Y, estando allí considerando tus faltas, temiendo haberme ofendido por las tentaciones que te había traído el demonio y considerando el afecto de mi caridad, que, a pesar de creerte indigna de entrar en su santo templo, te había considerado digna de oír la misa, cuando llegó el momento de la consagración, levantaste los ojos hacia el sacerdote. Y, al decir las palabras de la consagración, me manifesté a ti, y viste salir de mi pecho una luz, como el rayo que sale del disco del sol sin apartarse de él. En esta luz venía una paloma, unidos el uno con el otro, y revoloteaba sobre la hostia en virtud de las palabras de la consagración pronunciadas por el ministro. Tus ojos corporales no pudieron soportar aquella luz. Y te quedó entonces sólo la posibilidad de ver con los ojos de la inteligencia, y allí viste y gustaste el abismo de la Trinidad, el Dios y hombre verdadero, escondido y encubierto bajo aquella blancura. Ni la luz ni la presencia del Verbo, que intelectualmente veías en esta blancura, impedían la blancura del pan. Uno no impedía al otro. Ni el ver a Dios y hombre en aquel pan, ni el pan se veía impedido por mí, es decir, que no perdía ni la blancura, ni el sabor, ni el poder ser tocado ⁶¹.

El año 1370, en la noche de Navidad, se reunió Catalina con sus hermanas de la penitencia en la “Capella delle volte”. Ella se quedó absorta ante el pesebre y le suplicó a la santísima Virgen que le confiase un instante al Niño Jesús. María se lo entregó y Catalina lo meció en sus brazos y besó su cabecita sedosa. Durante la misa, vio convertirse la hostia en un niño tan gracioso que ninguna palabra podría describirlo ⁶².

Otro día en el momento de la consagración de la misa, vio dos ángeles llevando el cuerpo de Cristo en una fina tela de lino y colocarlo sobre el altar. Ella dijo: “Señor, no era necesario esta visión, sin ella también hubiese creído”. Y Jesús respondió: “No es por ti, sino pensando en los que tú afirmarás en la fe”⁶³.

⁶⁰ Jörgensen, p. 143.

⁶¹ Libro del *Diálogo*, parte III, cap. 1.

⁶² Jörgensen, p. 133.

⁶³ Jörgensen, p. 135.

Sobre los sacerdotes escribe: *Si los sacerdotes consideraran su dignidad, no yacerían en las tinieblas del pecado mortal ni ensuciarían la cara de su alma. No sólo no me ofenderían a mí y a su propia dignidad, sino que, aunque dieran su cuerpo a las llamas, no les parecería poder corresponder a tanta gracia y a tanto beneficio como han recibido, ya que no se puede llegar a mayor dignidad en esta vida.*

Son mis ungidos y los llamo mis “Cristos”, porque los he puesto para que me administraran a vosotros. Como flores perfumadas los he colocado en el Cuerpo místico de la santa Iglesia. El ángel no tiene esta dignidad. Sin embargo, la he dado a los hombres que yo he elegido por ministros míos y los he puesto para que fueran como ángeles. Deben ser ángeles terrestres en esta vida, porque realmente como ángeles deben ser.

En toda alma requiero pureza y caridad, amor para conmigo y para con el prójimo, pero muchísimo más requiero yo en mis ministros pureza y amor para conmigo; y para con el prójimo, que administren el cuerpo y la sangre de mi unigénito Hijo con fuego de caridad y hambre de la salud de las almas para gloria y alabanza de mi Nombre ⁶⁴.

2. LOS SANTOS

Además de Jesús Eucaristía, Catalina amaba entrañablemente a la Virgen María, que se le aparecía frecuentemente al igual que algunos santos y ángeles.

El padre Raimundo de Capua escribe en su biografía: *Muchas veces se le aparecía Jesús, a veces acompañado de la Virgen María y de santo Domingo. Otras veces con santa María Magdalena, san Juan evangelista, san Pablo apóstol y otros santos y santas. Pero casi siempre venía él solo y hablaba con ella como un amigo; y, en ocasiones, rezaban los salmos paseándose por la celda, como suelen hacer dos religiosos o dos clérigos al rezar juntos el Oficio divino ⁶⁵.*

Una tarde estaba rezando y se presentaron Jesús y santo Domingo. Estaban a su lado y empezó a cantar con alegría y los tres cantaron a una sola voz hasta que desaparecieron. Otra tarde de enero, el padre Tomás della Fonte la encontró en el jardín y ella le dijo: *Padre, ¿no oís cómo cantan en el cielo? No todos cantan igual. Los que aquí en la tierra han amado más a Dios, tienen las voces más claras y hermosas. ¿No oyes cantar a María Magdalena?*

⁶⁴ Libro del *Diálogo*, parte III, cap. 1.

⁶⁵ I, 11.

Un año el 22 de julio, fiesta de santa María Magdalena, se le apareció esta santa en compañía de la Virgen María y de Jesús. Jesús le dijo: *“Te doy a María Magdalena por madre. En adelante velará siempre por ti”*. Desde entonces, *Catalina dio siempre a María Magdalena el nombre de madre y se aplicó a imitarla en sus penitencias, llegando a la abstención total de todo alimento* ⁶⁶.

Entre los santos que más se le aparecían estaban santo Domingo, san Juan evangelista, san Pablo, santo Tomás de Aquino, santa Inés de Montepulciano y santa María Magdalena.

Un día Catalina fue a visitar el cuerpo de santa Inés de Montepulciano y, a la vista y presencia de todos, ésta levantó en alto un pie y, muy honesta y dulcemente, antes que santa Catalina bajase su cabeza, se lo dio a besar. Y, cuando la virgen santa Catalina vio esto, más se humilló y se inclinó; y luego el pie poco a poco se tornó a su primer lugar ⁶⁷.

El padre fray Raimundo, teniendo autorización del prior provincial, hizo juntar, según la costumbre de la Orden, a todas las religiosas en el capítulo, queriendo hacer diligente inquisición del sobredicho milagro so precepto de santa obediencia. Y como todas cuantas habían estado presentes, clarísimamente confesasen ser así verdad, llamó allí delante de sí en presencia de todas a una que más calumniaba el milagro y demandóla si así había pasado la cosa en hecho de verdad como aquellas religiosas lo confesasen. La cual confesó allí en público que era verdad como ellas lo decían, pero quería ella interpretar que otra hubiese sido la intención de la virgen muerta santa Inés en aquel milagro y no aquella que las otras creían todas. A lo cual respondió fray Raimundo: “Hermana, aquí no te preguntamos de la intención de la virgen santa Inés, sino te pedimos solamente si tú viste aquel milagroso levantamiento de su pie”. Y ella confesó que sí. Entonces fray Raimundo la reprendió de su murmuración y calumnia y le dio penitencia por ello ⁶⁸.

Otro día volvió Catalina al convento de la virgen santa Inés para poner allí a dos sobrinas suyas. Y cuando visitó de nuevo el cuerpo de santa Inés, ocurrió otro nuevo milagro. Cuando llegó al cuerpo de la santa, no se puso a sus pies como la primera vez, sino a la cabeza, puso su rostro sobre el rostro de santa Inés, aunque por encima de los cobertores de seda y oro, que estaban sobre el cuerpo, y así estuvo un buen espacio de tiempo. Después, volviéndose a sus compañeras, en especial a sor Lisa, su cuñada y madre de las dos niñas que

⁶⁶ Jörgensen, p. 121.

⁶⁷ II, 12.

⁶⁸ II, 12.

había traído para ser religiosas, le dijo: “¿Cómo no miráis ni sentís la gran merced que se nos envía del cielo? Lisa y las otras compañeras levantaron los ojos en alto y vieron descender, a manera de lluvia, un maná muy blanco y menudo que copiosamente cubría el cuerpo de santa Inés y de santa Catalina y a todas cuantas allí estaban. De modo que Lisa llenó sus manos de los granos de maná que así caían. Esto había sucedido muchas veces en vida mortal de santa Inés, pues caía sobre ella, especialmente cuando oraba, un maná.

Y las niñas que la santa criaba para el servicio de Dios, al ver sus vestiduras blancas, cuando se levantaba de la oración, querían sacudirlas, pero ella dulcemente y con modestia las quitaba para que no lo hiciesen ⁶⁹.

Dios le había revelado a Catalina que en el cielo estaría junto a la bienaventurada Inés de Montepulciano y de ahí le nació el deseo de venerar sus restos.

3. SANTA ROSA DE LIMA Y SANTA CATALINA

Santa Rosa era muy devota de santa Catalina de Siena y de ordinario guardó su santa imagen en su casa para aderezarla en las fiestas ⁷⁰.

Su hermano Hernando asegura que era devotísima de la gloriosa santa Catalina de Siena, a la cual llamaba madre y procuraba servirle e imitarla cuanto le era posible. Para cuyo efecto leyó muchas veces su santa vida y se hizo traer las reglas de su religión (Orden), las cuales guardó y cumplió con mucha puntualidad y la servía en todas las ocasiones que le fue posible, aderezando su santa imagen para sus fiestas y procesiones. Y de ella recibió muchas mercedes y favores, siendo intercesora con nuestro Señor para que las hiciese a la dicha bendita Rosa. Era devotísima de cantar “Deus in adiutorium meum intende. Domine ad adiuvandam me festina”. (Oh Dios, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme) porque también su madre santa Catalina de Siena lo repetía muy a menudo. Y así cantaba muy de ordinario muchísimas veces al día este dicho verso en voz alta ⁷¹.

Don Gonzalo de la Maza refiere que Rosa, *teniéndola por madre (a santa Catalina de Siena) y, deseando ser religiosa de su Orden, había traído su hábito hasta que murió, y con él pidió a este testigo que la enterraran y que fuese en el*

⁶⁹ II, 12.

⁷⁰ Primer Proceso ordinario para la canonización de Santa Rosa de Lima, transcripción y edición preparadas por el padre Hernán Jiménez, Lima, 2002, p. 105.

⁷¹ Ib. p. 525.

*convento de Santo Domingo de esta ciudad, pidiendo a los padres de él que le hiciesen la caridad de darle sepultura en la parte que fuese su voluntad*⁷².

Y sigue diciendo el mismo don Gonzalo: *Deseó ser monja de la Orden de santa Catalina de Siena y que en esta ciudad hubiese monasterio de ella; en orden a lo cual este testigo hizo a su instancia algunas diligencias en España para que se le diese licencia para fundar... y en el entretanto le diesen la profesión de tercera de la dicha Orden, lo cual no pudo conseguir, por decirle los dichos padres que no se la podían dar conforme a sus Constituciones... Este testigo le vio servir a la gloriosa santa Catalina de Siena en cuanto se ofrecía a su altar y santa imagen que de ordinario tenía en el oratorio este testigo y en su celda con muy grande cuidado.*

Y habiendo aderezado la dicha santa imagen con muchas joyas para la festividad del día de santo Domingo del año pasado de 1616, sucedió en el oratorio de este testigo el día de san Lorenzo, el 10 de agosto de dicho año, un caso singular y fue que, habiéndole dado a la dicha Rosa de Santa María un dolor de gota a la mano derecha con muchos dolores, se le fue hinchando. Dos días no pudo menear la dicha mano ni dedos de ella, por ser muy grande la hinchazón y dolor. Y habiéndola visto el médico como a las cinco de la tarde en este estado, ordenó se le pusiesen algunos emplastos y que por la mañana la sangrasen.

*Y, estando a la dicha hora de las cinco en el dicho oratorio con este testigo y su mujer, se ausentó este testigo y, volviendo de allí a una hora, entrando en el oratorio, las halló a las dos con particular alegría y preguntó cómo estaba la mano, y se la mostró sana y buena y ágil al igual que la izquierda y sin diferencia. Y dijo que quien le había dado la mano para vestir y poner las joyas a su madre santa Catalina, se la había sanado para que se las quitase (las joyas) como se las había quitado*⁷³. Dios le había sanado la mano por intercesión de santa Catalina.

En una oportunidad, estaba adornando una imagen de santa Catalina y le decía: *“Bien sabéis Vos, madre mía, que si tuviera quince o dieciséis dinerillos os vistiera muy a mi gusto”*. Y, sin haberse meneado de allí, dentro de dos horas llegó una negra de doña Jerónima de Agama con un papel en que decía: *“Hermana mía, como sé que está aderezando a nuestra madre, le envío esos dieciséis patacones que acerté a tener aquí por si tuviera necesidad para el adorno de nuestra madre”*. Y respondió... *“¡Bendito seáis, dulce Jesús de mi*

⁷² Ib. p. 54.

⁷³ Ib. pp. 55-56.

alma, que fiel amigo sois!”. Y con esto envió por un poco de raso blanco y acabó de aderezar la imagen de lo necesario ⁷⁴.

Un milagro hermoso lo cuenta Catalina de Santa María. Rosa debía adornar el anda de santa Catalina de Siena. Y, estando la bendita Rosa y esta testigo en la huerta de casa de su padre mirando todas las matas de los claveles, no vieron en ninguno de ellos ni botón ni vara, porque no era tiempo de ellos ni los podía haber. Y la bendita Rosa dijo: “Si Dios Nuestro Señor nos diese a honra de la Santísima Trinidad tres clavelinas para la santa imagen, del todo sería galana”. Y, al día siguiente, que debían celebrar la fiesta de la santa, por la mañana, dijo la bendita Rosa a esta testigo que fuese a la huerta. Esta testigo le dijo: “Hermana, si ayer paseamos la huerta y vimos las matas y ninguna de ellas tenía clavelina alguna, ¿cómo me envía por ellas?”. Y la bendita Rosa le respondió: “Válgame Dios, hermana de mi corazón, vaya por ellas que Dios nos las ha dado”. Y esta testigo fue y halló tres clavelinas en una vara y muy hermosísimas. Y esta testigo quedó admirada ⁷⁵.

Dios le concedió milagrosamente tres clavelinas por intercesión de santa Catalina para adornar su imagen.

4. CARISMAS SOBRENATURALES

a) BILOCACIÓN

El Señor le dio la gracia de poder visitar a algunos de sus hijos espirituales y poder ayudarlos en sus necesidades.

Fray Simón de Neri afirma: *Muchas veces fui a acompañar a los hermanos del grupo de la dulcísima madre. Ella preguntaba: “¿Quién está con vosotros?”. Y respondían: “Fray Simón”. Ella me llamaba y yo, confundido, no quería entrar y me iba. Pero ella, después de mi salida, les decía a las compañeras: “Mi hijo se ha ido turbado, porque no pudo hablar conmigo, pero yo iré esta noche hacia él”.*

Yo, después de Completas, me iba a mi celda y me acostaba a la hora acostumbrada. Pero en el sueño profundo me invadía en el corazón una suave dulzura. Las compañeras me decían después: “La madre dijo: Quiero visitar al hermano Simón”. Y de pronto quedaba arrebatada. Y, al día siguiente, iba a

⁷⁴ Proceso apostólico, fol 168-168v.

⁷⁵ Primer Proceso ordinario, p. 349.

visitarla y me consolaba. Así iba sensiblemente a ver a quien quería con las puertas cerradas, cerca o lejos. Y esto sucedió muchas veces ⁷⁶.

Una vez estaba enferma y vino a visitarla su confesor Tomás della Fonte. Ella le preguntó: “Padre, ¿qué hacíais ayer a las tres de la mañana? ¿No queréis decírmelo? Yo lo sé. Estabais escribiendo. No. Es verdad, no escribíais vos mismo, pero dictabais a otro”. Y él aceptó que así era ⁷⁷.

Un día Catalina aseguró a Bartolomé de Dominici haberlo visto la víspera por la tarde en compañía de otros tres hermanos, que le nombró, en la celda del prior y precisó el objeto de su conversación, agregando: “Velo y rezo siempre por vos hasta que la campana del convento toca a maitines y, si tuvierais buenos ojos, podríais verme como yo veo a cada uno de vosotros en particular, como veo ahora dónde estáis y lo que hacéis ⁷⁸”.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Fray Raimundo refiere de sí: *Yo sé de mí mismo y así lo confieso delante de toda la gloriosa y santa Iglesia militante de Jesucristo que muchas veces la gloriosa santa virgen Catalina me reprendía de algunos pensamientos que entonces trastornaban mi corazón y yo me quería excusar y ella me respondía: “¿Por qué padre me negáis lo que veo y sé más claramente que lo que Vos pensáis?”* ⁷⁹.

En Siena había un caballero llamado Nicolás de los moros, que había estado muchos años en el ejercicio de las armas y después volvió a su tierra. Su esposa le insistía en que se confesase de las cosas cometidas en la guerra, pero él se burlaba de esos consejos... Algunos le aconsejaban que, al menos una vez, hablara con Catalina, pero él no aceptaba. Una noche, en sueños, se le apareció Catalina y le aconsejó que, si quería escapar de la condenación, se confesase... Y así, arrepentido, se confesó con fray Tomás. Entonces le pidió a fray Raimundo que quería hablar con Catalina. Ella lo recibió y le preguntó si se había confesado bien. Él respondió que había dicho todo sin excepción.

Y, después de hablar un poco, se retiró. Catalina mandó detrás de él una de sus compañeras para pedirle que regresara y entonces ella le trajo a la memoria un grave pecado que había cometido en Apulia muy en secreto. Al oírlo, él se espantó, aceptó que era verdad y lo confesó sacramentalmente. A

⁷⁶ Deposition de fray Simón de Cortona; I fioretti, pp. 171-172.

⁷⁷ Jørgensen, p. 89.

⁷⁸ Ibidem.

⁷⁹ II, 10.

*partir de ese momento, no podía callar y decía a todos lo que le había sucedido... Al poco tiempo, ese mismo año, le sobrevino una grave enfermedad, de la cual murió y, en buena disposición, pasó de esta vida al Señor*⁸⁰.

En una ocasión, dos religiosos dominicos, fray Tomás y fray Jorge, fueron al convento de monte Ponliciano. Dos leguas antes quisieron descansar un poco y dar de comer a los caballos. Se apearon en una casa, donde estaban reunidos unos ladrones que acechaban a los viajeros solitarios. Los ladrones eran diez o doce y se fueron por atajos a un lugar conocido donde había un paso oscuro para esperar a los frailes... Al llegar éstos, los ladrones saltaron sobre ellos, los llevaron fuera del camino y allí los desnudaron y tomaron cuanto llevaban. Después, unos decían que había que matarlos, otros daban otras opiniones. La sentencia más común era que los matasen.

Fray Tomás, viendo que no aprovechaban sus ruegos y súplicas, recurrió al Señor e invocó en su ayuda a Catalina. Y, cosa maravillosa, en ese momento uno de los ladrones gritó: “¿Para qué vamos ahora a matar a estos buenos frailes, si nunca nos ofendieron? Dejémoslos ir en nombre de Dios que no dirán nada a nadie”. Los otros estuvieron de acuerdo y los dejaron libres, les dieron su ropas y después los caballos y todo lo que les habían quitado, salvo unos dinerillos que llevaban en poca cantidad.

*Al llegar al convento de monte Ponliciano, contaron el suceso y, al volver a Siena, les explicaron que, a la misma hora en que estaban en el monte con los ladrones, Catalina le decía a su compañera: “Mi padre me llama y yo sé que está en grave necesidad”. Fue a orar y de ahí salió el cambio de corazón de los ladrones. Llamada desde veinte millas, que son casi siete leguas, y sin palabras vocales, ella lo sintió y prestamente los socorrió*⁸¹.

*Una tarde, de repente, Catalina sintió un intolerable olor de podredumbre asqueroso, mediante el cual el pecado se le revelaba de ordinario. Y en esto vio a lo lejos a uno de sus hermanos jóvenes, disponiéndose a cometer un pecado grave. Catalina esperó su vuelta al hogar y lo acogió con estas palabras: “Sé de dónde vienes y cómo has manchado tu alma”*⁸².

*Dios le concedió la gracia de conocer el estado de las almas de los que la visitaban y así se lo manifestó a sus confesores. Dijo: Nunca o muy poquitas veces, viene ante mí persona alguna que no vea en qué estado esté su alma y qué condiciones tiene en ella*⁸³.

⁸⁰ II, 10

⁸¹ II, 10.

⁸² Jörgensen, p. 88.

⁸³ II, 4.

Al Papa Gregorio XI le escribió algunas cartas en que le manifestaba que desde Siena, donde estaba, sentía el hedor de los pecados que se cometían en la Corte de Aviñón ⁸⁴.

A veces se encontraba con personas desconocidas, muy bien vestidas y adornadas, que parecían de santas vidas y buenas costumbres, pero que tenían grandes pecados y ella las conocía y no les quería hablar ni oírles ni mirarlas. Y, si porfiaban en hablarle, les decía: “Nosotros debemos primero corregir nuestros pecados y salirnos de los lazos del diablo; y después hablar de Dios” ⁸⁵.

Una vez vino a ella una mujer que era manceba de un prelado, la cual comenzó a hablarle en presencia de su confesor. Y como pareciese en su hablar como en su vestir persona de mucha honestidad, esa mujer nunca pudo ver su rostro, lo que maravilló a su confesor, pero después supo quién era esa mujer. Catalina le dijo: “Oh, padre, si sintieras el hedor que yo he sentido con ella, cuando hablaba conmigo, echaríais todo lo que tenías en el estómago y en el vientre” ⁸⁶.

c) INEDIA

Es el carisma de vivir sin comer ni beber, recibiendo solamente la comunión diaria. Catalina tuvo esta gracia durante algunos años.

Francisco Malavolti afirma: *Durante todo el tiempo que pasé a su lado no vivió más que de la sagrada Eucaristía; pero, a fin de evitar escándalos, tomaba a veces un poco de ensalada o de otras legumbres crudas o frutas y las masticaba, ocultándose después para arrojarlas. Y, si llegaba a tragar una pequeña parte, su estómago no la dejaba en paz hasta vomitarla.*

Su confesor fray Tomás, no creía que no comía y le mandó que comiese todos los días. Ella le refirió que sin comer estaba más sana y más fuerte y que, cuando comía, estaba más enferma y más flaca. No por eso el confesor se convenció y le tornaba a mandar por obediencia que comiese. Ella se esforzaba cuanto podía en obedecer, pero por ello le vino tanta enfermedad y flaqueza de cuerpo que casi llegó al punto de muerte. Entonces llamó al confesor y le dijo: “Padre, si yo por excesivo ayunar incurriese en muerte corporal, ¿por ventura vos no me quitarías tal ayuno? ¿Y no es más grave morir por comer que por

⁸⁴ II, 4.

⁸⁵ II, 4.

⁸⁶ II, 4.

*ayunar? ¿Y por qué no me quitáis el comer, como me quitaríais el ayuno? Y el confesor respondió: “Haz, hija, como el Espíritu Santo te enseñe, que grandes son los misterios que yo veo que Dios obra en ti”*⁸⁷.

*Ella le dijo a su confesor: “Padre, es tanta la hartura que me da nuestro Señor Jesucristo, cuando recibo el Santísimo Sacramento, que de ninguna manera puedo tener apetito ni ganas de manjar corporal. El confesor preguntó: “¿Y el día que no comulga? ¿Le viene alguna gana de comer?”. Y respondió: “Solamente la presencia y la vista de ese santo sacramento me harta y, no solamente la presencia y vista de ese sacramento, sino la del sacerdote que ese día haya celebrado, me consuela en tanta manera que toda memoria de manjar corporal huye de mí”*⁸⁸.

d) LAS LLAGAS

*Un día le dijo el confesor: Padre, yo vi al Señor puesto en la cruz y descendía sobre mí y yo, queriendo recibir a mi Salvador, pues lo veía venir hacia mí, mi cuerpo se levantó hacia él. Entonces, de sus cinco cicatrices de sus llagas, vi descender hacia mí cinco rayos de sangre que venían hasta mis manos, pies y costado. Comencé a dar voces, diciendo: “Señor, Dios mío, te ruego humildemente que estas cicatrices y llagas que de fuera están en mi cuerpo, las tenga dentro y no sean vistas de fuera”. Y esos rayos mudaron del color de sangre, que primero eran, y se tornaron muy resplandecientes en forma de pura luz y como rayos de sol y así vinieron a los cinco lugares míos, y atravesaron mis pies y manos, y el corazón*⁸⁹.

e) LEER Y DICTAR

Ella contó a sus confesores que se decidió a aprender a leer para poder decir las Horas canónicas. Y como una compañera le enseñase y en ello trabajase por muchas semanas y en ninguna manera pudiese aprenderlo, pensó ir al maestro celestial que le enseñase para evitar la pérdida de tiempo. Y una mañana postróse en oración delante de Dios, diciendo: “Señor, si a ti te place que yo sepa leer para que pueda alabarte en decir el Oficio divino y las Horas canónicas, te suplico que tú me enseñes lo que por mí no puedo aprender... Oh, cosa maravillosa, que antes de levantarse, fue enseñada por él y de allí en adelante supo leer todas las letras tan a prisa que todos se maravillaban. Su

⁸⁷ II, 5.

⁸⁸ II, 5.

⁸⁹ II, 6.

*confesor, viéndola leer, le dijo que le deletrease lo que leía y nunca lo supo hacer y apenas conocía las letras. Lo cual se debe creer haber sido así, ordenado por Dios por señal de su milagroso enseñamiento*⁹⁰.

El padre Raimundo afirma: *La he visto muchas veces dictar a dos secretarios a la vez cartas diferentes y que trataban asuntos que no tenían nada en común. Ninguno de los secretarios tenía que esperar ni un instante en el dictado. Y como yo manifestara mi asombro, varios que la habían conocido antes, me respondieron que ocupaba a veces a tres o cuatro secretarios a la vez con la misma celeridad y seguridad de memoria*⁹¹.

El libro *Diálogo* fue dictado en estado de abstracción en cinco días, entre el 9 y 14 de octubre de 1378. Fray Raimundo certificó: *Por la acción de Dios la santa virgen, estando en éxtasis, dictó todo aquel libro para darnos a entender que aquel libro no procedía de ninguna virtud natural, sino de la sola infusión del Espíritu Santo*⁹².

El dictado se verificaba en cierta abstracción de sentidos, aunque no fuera éxtasis estrictamente hablando. Lo dictó a tres discípulos secretarios: Barduccio Canigiani, Stefano Maconi y Neri di Landoccio.

f) MATRIMONIO ESPIRITUAL

Catalina deseaba unirse cada día más a Jesús. *Él le respondió un día: “Yo te desposaré a mí en fe”. Ella repetía esta frase continuamente, esperando el día de sus desposorios con Jesús. Y un día de carnaval, cuando toda la gente estaba de fiesta, antes de la Cuaresma, Jesús se le presentó y le anunció: “Porque tú desechaste por mi amor todas las vanidades y pusiste en mí todo el deleite de tu corazón, en este tiempo en que los otros de tu casa se gozan en sus convites y hacen sus fiestas, yo determiné, como ya te había prometido, celebrar contigo la fiesta del desposorio de tu alma con toda solemnidad y quiero desposarte conmigo en la fe”. Entonces se presentaron la santísima Virgen María, san Juan evangelista, san Pablo apóstol y santo Domingo. Y con todos ellos vino el profeta David con un instrumento musical, llamado psalterio, y lo tañía muy suavemente. La Virgen Madre de Dios, con sus manos santas, tomó la mano derecha de esta santa virgen y extendióle los dedos hacia el Salvador del mundo, diciendo que le suplicaba la quisiese consigo desposar en fe. El aceptó con mucha graciosidad y luego le dio en señal del desposorio un anillo de oro que*

⁹⁰ I, 11.

⁹¹ Leclercq, p. 318.

⁹² III, 1.

tenía al derredor cuatro margaritas y encima tenía engastado un precioso y muy hermoso diamante, y se lo puso en la mano derecha, en el dedo anular, diciendo: “Yo te desposo a mí, que soy tu Creador y Salvador, en fe, la cual se conservará siempre en ti hasta que celebres conmigo en los cielos tus bodas perpetuas. Por tanto, hija mía, obra varonilmente de aquí en adelante y sin dudar en las cosas que, ordenadas por mi providencia, vendrán a tus manos”... Desapareció la visión y quedó siempre en el dedo el anillo, viéndolo ella sola y no otro alguno, según ella misma muchas veces lo dijo a sus confesores ⁹³. En ese momento Catalina tenía apenas unos 20 años.

g) CAMBIO DE CORAZONES

Catalina le pedía con frecuencia a su esposo Jesús que le quitase su propio corazón y su propia voluntad. Un día fue consolada con una visión. Le parecía que su eterno esposo venía a ella como solía otras muchas veces y que, llegándose a ella le abría el costado izquierdo y le sacaba su propio corazón y se iba; y ella se quedaba sin corazón de todo en todo. Esta visión fue tan eficaz que en sus confesiones le decía al confesor que ella no tenía corazón en su cuerpo... Y un día, estando ella en la capilla, en la que se suelen juntar las hermanas de la penitencia de santo Domingo, en el convento de los frailes predicadores de Siena, ella se quedó sola. Y, como despertase de su acostumbrado arrobamiento y se levantase para irse a su casa, súbitamente resplandeció sobre ella una luz del cielo, y en la luz apareció Jesucristo, trayendo en sus manos un corazón humano muy rubicundo y muy resplandeciente... Y, llegándose a ella, el Señor le abrió otra vez el lado izquierdo y con sus divinas manos le metió aquel corazón diciendo: “Mira, muy amada hija, que así como el otro día te quité tu corazón, así ahora te doy el mío para que por él siempre vivas”. El mismo Señor cerró la abertura y quedó en aquel lugar, en señal de tan gran milagro, una cicatriz cerrada ⁹⁴.

⁹³ I, 12.

⁹⁴ II, 6.

h) ÉXTASIS Y LEVITACIONES

Nicolás de Bindo fue a Pisa y tuvo la suerte de ver a Catalina en éxtasis y verla elevarse varios metros del suelo, según asegura Caffarini. Y tocó con uno de sus dedos una de las manos cruzadas de la santa y, durante 48 horas, exhaló un olor muy suave y un perfume que refrescaba tanto su alma como sus sentidos⁹⁵.

Catalina tenía frecuentes éxtasis. Una vez, su madre Lapa, viéndola tan inmóvil con el cuello inclinado, quiso enderezárselo... La compañera le dio voces que no lo hiciese, que la mataría y así la dejó. Pero, al volver en sus sentidos, tuvo Catalina un gran dolor en el cuello como si le hubieran dado en él muchos y grandes golpes. Y contó después la santa virgen que, si su madre le hiciera un poco más de violencia para enderezarle el cuello, se lo habría quebrado... Muchas veces, en estos tales elevamientos y arrebatamientos Catalina se levantaba corporalmente en alto ⁹⁶.

Otra vez, estando ella asando carne al fuego en su casa en un asador, fue arrebatada, asándose su alma con el fuego del Espíritu Santo, pensando en su eterno esposo, a quien su alma amaba mucho y cesó de revolver el asador con la carne. En esto llegó allí la mujer de un hermano suyo, llamada Lisa, y asó la carne y la dejó a ella estar quieta para que gozase de su contemplación. Y como la cena estaba preparada, cenaron todos los de casa y la virgen estabase en su elevamiento. Lisa hizo todos los servicios de casa y la dejó gozando de sus divinos deleites. Y después que se acostó su esposo y sus hijos y todos los de la casa estaban ya dormidos, Lisa quiso velar para que Catalina tornase en sí y ver el fin de aquello, y así lo hizo. Después de un rato vino a verla y halló caído todo su cuerpo sobre las brasas muy encendidas. Y, al verla así, caída en las brasas, comenzó a llorar, dando voces, diciendo: “Ay, ay que Catalina se ha quemado”. Y corrió y la sacó del fuego. Pero, después de sacarla, la halló sin ninguna cosa quemada, ni en el cuerpo, ni en los vestidos, poco ni mucho, ni señal de ello ⁹⁷.

En otra ocasión, estando Catalina en la iglesia de los frailes dominicos de Siena, tenía la cabeza arrimada a una columna, en la que había figuras de unos santos, a los cuales por devoción alguien había puesto una vela de cera encendida. Estando la santa virgen en su elevación, cayó sobre su cabeza la vela ardiendo de la que aún quedaba un pedacito con su cera para acabar de quemar. Cayó dicha cera sobre sus tocados y allí estuvo ardiendo hasta que la

⁹⁵ Jörgensen, p. 91.

⁹⁶ II, 1.

⁹⁷ II, 2.

cera se consumió del todo y nunca le quemó, ni el tocado, ni le dejó señal ni vestigio alguno ⁹⁸.

i) VISIONES

Fray Bartolomé de Dominici refiere: *Un domingo por la mañana hacia las nueve, si no me es infiel la memoria, me hallaba en el púlpito en santo Domingo cuando corrió por Siena el rumor de que Catalina se hallaba en agonía. Terminado el sermón, me dirigí apresuradamente a su morada y me costó trabajo abrirme paso entre la gente que llenaba la casa. Los que allí estaban aseguraban que había muerto hacía varias horas. Fray Bartolomé con el hermano Giovanni de Siena entraron en la cámara mortuoria. Allí estaban arrodillados fray Tomás y otros compañeros y compañeras de Catalina. Todos sollozaban y fray Giovanni, que estaba enfermo del pecho, tuvo un vómito de sangre. Fray Tomás, lleno de confianza en la santidad de Catalina, tomó su mano y la aplicó al pecho del hermano enfermo. El vómito de sangre cesó y en el mismo instante la vida reapareció en las mejillas de Catalina y empezó a llorar... Sus lágrimas continuaron corriendo durante dos días sin que nadie pudiera entender por qué. Sólo decía: “Qué desgraciada soy”. Por fin exclamó: “He visto los misterios de Dios”. Y le explicó a su confesor que había recorrido el cielo, el infierno y el purgatorio. Su confesor le preguntó: “¿Estabas realmente muerta?”. “Mi alma estaba separada de mi cuerpo durante estas cuatro horas, pero Jesús me intimó la orden de volver a la tierra para publicar lo que había visto, porque, si los pobres hombres pudieran sospechar lo que son el purgatorio y el infierno, preferirían morir diez veces antes que soportar un solo día semejantes suplicios”... Su alma se llenó de terror ante el pensamiento de volver al mundo, pero Jesús le dijo: “La salvación de muchos depende de tu vuelta, no debes vivir en tu celda como lo has hecho hasta aquí, deberás dejar tu casa y tu pueblo natal por la salvación de las almas. Irás de plaza en plaza y de pueblo en pueblo, pero estaré siempre cerca de ti y te conduciré”* ⁹⁹.

⁹⁸ II, 2.

⁹⁹ Jörgensen, p. 127.

j) CURACIONES

Uno de los secretarios de Catalina, que le escribía las cartas, se llamaba Neri, y vino a estar gravemente enfermo. Eran tan fuertes sus dolores que día y noche daba grandes voces y andaba arrastrándose por el suelo con manos y rodillas. Se lo hicieron saber a Catalina. Esteban, otro de los compañeros, entró a la habitación donde Catalina estaba acostada por enfermedad y le pidió con lágrimas y humildad que no permitiese que su hermano y compañero muriese, estando en Génova. Ella, movida a compasión, le dijo: “Yo trabajaré esta noche, instando sin cesar al Señor que tenga a bien hacernos esta misericordia”. Otro día la misma Catalina, ya recuperada, fue personalmente a visitar al enfermo y mandó de parte de Dios a la enfermedad que no procediese más adelante y al enfermo le mandó que se tornase a su primera sanidad. Y así se hizo, como ella dijo. Desde aquella hora el enfermo sanó ¹⁰⁰.

En una oportunidad se enfermaron casi todos los acompañantes de Catalina, estando en casa de la señora Orieta Scotá. La señora tuvo muchas atenciones con nosotros, trayendo cada día médicos. A los pocos días, yo también caí en cama con muy aguda fiebre y excesivo dolor de cabeza y vómito. Cuando Catalina lo supo, vino en persona a visitarme junto con su confesor y sus compañeras. Ella tocó mi frente con su mano virginal y, moviéndome un poco la cabeza, dijo: “Oíd lo que dice este hijo: Algunos dicen que estoy mal”. Y añadió: “En virtud de santa obediencia yo te mando que no tengas ni padezcas de aquí en adelante esta enfermedad, porque del todo quiero que tú estés sano para que ayudes a los otros como sueles”. Y yo fui sano, mientras ella estaba hablando de Dios. Y todos se maravillaron y, desde allí, quedé sano con perfectísima salud por muchos años después. De la misma manera, sanó al venerable varón don Juan el monje, que moraba en las celdas del valle umbroso. Ella manifestó que en tal hora estaba en agonía de la muerte y, sin estar él presente, mandó que se sanara y lo hizo en presencia de dos de los discípulos de ese ermitaño ¹⁰¹.

En el tiempo de la peste se enfermó otro anacoreta, que vivía en un lugar solitario. Al saberlo Catalina, lo hizo traer al hospital de la misericordia. Catalina y sus compañeras lo fueron a visitar y ella le dijo al oído, en secreto: “No temas, aunque veas que se agrava tu enfermedad, porque de esta no morirás”... Y cuando estaba ya para expirar y estaban preparando las cosas para la sepultura, Catalina le dijo el oído: “Yo te mando, enfermedad, en el nombre de Jesucristo nuestro Señor, que te vayas d aquí”. Y el espíritu tornó al

¹⁰⁰ II, 8,

¹⁰¹ Carta de un cartujo, discípulo de Catalina a fray Tomás Antonio de Siena.

cuerpo. El enfermo pidió de comer y en poquito tiempo estuvo totalmente sano¹⁰².

Un día fray Raimundo se enfermó de la peste. Vino Catalina y, al verlo tan agravado, hincó las rodillas ante la cama, le cubrió la frente con la mano y comenzó a orar mentalmente. Y orando, fue arrebatada de los sentidos corporales. Así estuvo por espacio de media hora. Fray Raimundo sentía que todo su cuerpo se conmovía por todas partes y pensó que le venía vómito, como a muchos que de este mal había visto morir, pero él se sintió mejor poco a poco. Oh, cosa maravillosa, antes que ella tornase en sus sentidos, él fue del todo curado, pero quedó con alguna flaqueza, y ella mandó que le diesen de comer¹⁰³.

Estando Catalina en Pisa, Gerardo de Bonconte le presentó a un joven de 20 años que llevaba 18 meses con fiebres cotidianas y, aunque no eran muy agudas, pero el antes robustísimo mancebo había quedado sin fuerzas, muy flaco y de color amarillo. Catalina le preguntó cuánto tiempo hacía que se había confesado. Le respondió que muchos años. Y ella añadió: “Por eso el Señor ha querido que sufrieses estas disciplinas, por tanto tiempo que no limpiaste tu alma. Vete presto al confesor y echa y vomita toda la podredumbre de tus pecados, que tienen podridos tu cuerpo y tu alma”. Hizo llamar a fray Tomás y le entregó al joven para que lo oyese en confesión. A continuación puso su mano sobre los hombros del enfermo, diciendo: “Vete, hijo, con la paz de Jesucristo, que no quiero que de aquí en adelante padezcas más las fiebres”. Y desde aquella hora no le tornó más la fiebre ni vestigio de ella¹⁰⁴.

En una ciudad de Francia llamada Tolón, en tiempos en que el Papa Gregorio XI regresaba de Aviñón a Roma, muchos hombres y mujeres querían ver a Catalina y pedirle bendiciones. Sólo a las mujeres se les permitió entrar en su habitación. Una de ellas tenía un niño en brazos tan hinchado que parecía un monstruo. Las mujeres le rogaban que tomase al niño en sus manos. Ella, ante tanta insistencia, lo hizo. Y, al momento, se deshizo aquella hinchazón y consiguió la total salud¹⁰⁵.

El año 1373, fray Raimundo fue asignado por obediencia al convento de Siena. Ese año hubo muy gran pestilencia (peste) en Siena, como fue también en todo el mundo, universal y muy cruel... El dicho fray Raimundo tuvo que posponer el peligro de su vida corporal para ayudar a la salud de las almas de los prójimos. Por esta causa andaba día y noche por las casas de los enfermos para confesarlos, aconsejarlos y consolarlos. A veces, para descansar, iba al

¹⁰² II, 8.

¹⁰³ II, 8.

¹⁰⁴ II, 8.

¹⁰⁵ II, 8.

hospital de la misericordia, donde era rector Mateo, hombre de loable vida y clara fama... Un día, al llegar, vio que Mateo era llevado por manos de frailes y clérigos de la iglesia a su cámara, casi medio muerto y perdido el color y privado de todas sus fuerzas. No podía hablar ni respondía cosa que le dijese ni le preguntasen...

Cuando el enfermo se hubo recuperado, llamó a fray Raimundo y se confesó con él... Catalina, oyendo sobre la enfermedad de Mateo, se fue a visitarlo y le dijo: “Mateo, levántate, que no es tiempo de estar holgando (descansando) en la blandura de la cama”. Y al momento la fiebre y la postema que tenía en la ingle le dejaron y así todo el dolor se apartó de él como si ningún mal hubiera tenido ¹⁰⁶.

k) MILAGROS

En una oportunidad Catalina tuvo desmayos y parecía estar ya a punto de muerte. Fray Raimundo, sabiendo que no aceptaría carne, ni huevos, ni vino, no sabía qué hacer. Pensó en darle agua fría con azúcar, pero ella dijo: “Padre, ¿queréis quitarme del todo lo poquito de vida que me queda?”. Entonces fray Raimundo se acordó haber oído que en esos casos podía ser bueno lavar los brazos, pulsos y sienes de los enfermos con vino. En la casa en que se encontraban no había vino y fueron a pedirselo a un vecino, pero tampoco tenía, porque su tonel estaba vacío; y para demostrarlo llevó a su amigo a la bodega, le quitó la canilla al tonel y salió súbitamente en abundancia tanto vino y tan excelente que mojaba toda la tierra de la bodega. De lo cual el dueño de la bodega quedó tan maravillado que cerró la canilla y llamó a todos los de su casa para inquirir de cada uno, si había puesto vino. Todos juraron que desde hacía tres meses sabían que estaba vacío y que nadie podía haberlo llenado ¹⁰⁷.

Otro día trajeron a casa de Catalina un tonel de vino, el cual estaba malo y no se podía beber. Ella nunca daba a los pobres pan o vino ni cosas dañadas, sino que les daba lo mejor que había en casa. Por eso, como había en casa otro tonel de buen vino, del que ninguno había bebido, de éste les daba a los pobres. Este tonel debía durar, según el gasto de la casa, unos 15 días o como mucho 20. Y, antes de empezar a tomarlo los de casa, ya había dado mucho a los pobres. Pasaron, no sólo 15 días, bebiendo toda su familia, pasó un mes cumplido y parecía que no se agotaba. Todos en casa hablaban de cómo duraba tanto. Ella comenzó a dar largamente a los pobres y el tonel no se acababa ni el buen sabor se dañaba. Pasó un segundo y un tercer mes. Hasta que en tiempo de la vendimia

¹⁰⁶ II, 8.

¹⁰⁷ II, 11.

*se comenzaba a preparar las vasijas para el vino nuevo y el encargado lo vació, habiendo sacado un barril de vino limpio y claro*¹⁰⁸.

Un año, en la ciudad de Siena, hubo gran mengua de trigo. Tanto que la mayor parte de los ciudadanos compraban el trigo sacado debajo de la tierra podrido y hediondo, porque no se podía conseguir a precio alguno. Sor Alexia compró de aquel trigo para su mantenimiento con tal de no carecer de pan. Pero como ya el tiempo del nuevo estuviese cerca, antes que se acabase aquel trigo podrido, vino trigo nuevo, limpio y bueno, a venderse en el mercado.

Cuando Alexia lo supo, determinó tirar el trigo podrido y comer el nuevo trigo. Ahora bien, en ese momento estaba en su casa Catalina, que le dijo: “¿Cómo quieres tirar el trigo que Dios dio para el mantenimiento humano? Si tú no lo quieres comer, dalo a los pobres, que no tienen qué comer”. Pero se le hacía cargo de conciencia dar a los pobres pan malo. Catalina le dijo: “Prepara agua y trae aquella harina que quieres tirar, que yo quiero hacer de ella panes para los pobres de Jesucristo”. Oh, cosa maravillosa, que así se hizo como ella dijo... Y de cuatro partes y, aun cinco, que fue la harina, no pudieran hacer tantos panes como ella hizo de aquella poca harina y se los daba a Alexia para que los pusiese a cocer. Y era cosa maravillosa que ningún hedor había en ellos... Y, traídos a la mesa para que se comiesen, ninguna amargura ni hedor sentían los que comían y decían que nunca jamás habían comido tan sabroso pan... Tres milagros hizo el Señor. Primero, le quitó el hedor. El segundo, acrecentó la masa compuesta de aquella harina; y el tercero que multiplicó en el arca los panes en tal manera que, por muchas semanas, distribuidos tales panes, casi no se podían acabar de gastar, ni por los pobres, ni por los frailes, ni por la familia de Alexia. Y algunos guardaban aquel pan para reliquias...

*Fray Raimundo, oyendo este misterio, preguntó por el secreto y ella respondió: “El celo de la gloria de Dios me tomó y, cuando llegué al arca de la harina, mi dulcísima señora, la Virgen santa María, acompañada de muchos ángeles y santos y santas, me mandó que hiciese lo que me había propuesto hacer”. Y ella comenzó con sus sacratísimas manos a hacer los panes, juntamente conmigo, y por la virtud de sus santas manos, aquellos panes se multiplicaron y se hacían muy dulces y sabrosos*¹⁰⁹.

Cuando el Papa Urbano VI mandó a Catalina ir a Roma, la acompañaron dos religiosas de la penitencia de santo Domingo. Lisa, que había sido esposa de un hermano suyo y por tanto su cuñada, y otra llamada Juana. Normalmente la acompañaban 16 hombres y 8 mujeres, pero a veces su grupo de acompañantes

¹⁰⁸ II, 3.

¹⁰⁹ II, 11.

subía a treinta o cuarenta. Catalina distribuía el cargo de despensera por turno a las mujeres. Un día le tocó a Juana y se olvidó de avisar, porque tenía orden de que, si no alcanzaba el pan, el día anterior debía decírselo a Catalina para ir a mendigar y pedir pan por amor de Dios.

Llegada la hora de la comida, apenas había pan para cuatro personas. Juana pidió perdón por su olvido de avisar. Ese día había muchos y estaban hambrientos, porque era tarde y por el ayuno del día anterior. Catalina mandó que se sentasen en la mesa y que sirvieran un poquito de pan a cada uno. Ella se fue a la capilla a hacer oración. Oh, cosa maravillosa, comieron todos del pan y lo echaban a la sopa y quedaron hartos. Sobró tanto pan que bastó para ocho religiosas y para los que estaban en casa y se dio largamente a muchos pobres¹¹⁰.

TERCERA PARTE MADRE DE TODOS

1. ASÍ ERA ELLA

Ya hemos anotado que, desde muy niña, era muy penitente y esto lo fue toda la vida. Normalmente llevaba un hábito de la tercera Orden dominica, gastado o remendado. También un cilicio sobre su cuerpo, y casi nunca estaba sin dolor en el costado. Dormía sobre una tabla o en un saco de paja y apenas dormía un cuarto de hora cada noche. Por la mañana, a la hora de tercia, salía de casa para ir a comulgar. Y, a pesar de ser tan santa, se consideraba la persona más pecadora del mundo.

Un día de septiembre, refiere Caffarini: *Catalina lloraba por sus pecados, y Jesús, compadecido de ella, le dijo: “No llores más, hija mía, todos tus pecados te son perdonados”. “Dame una prueba cierta, porque mis pecados son demasiados para que pueda creerlo”. Y nuestro Señor, extendiendo la mano, pronunció sobre ella las palabras de la absolución¹¹¹.*

Cuando escribía cartas, comenzaba siempre: *Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo.* Y terminaba con: *Jesús dulce, Jesús amor.*

Cuando escribía al Papa Gregorio XI le decía: *Oh, santísimo papaíto mío... Os digo dulce Cristo en la tierra de parte del Cristo del cielo¹¹².* En otra

¹¹⁰ II, 11.

¹¹¹ Jörgensen, p. 221.

¹¹² Carta 196.

carta le dice: *Oh, papaito mío, dulce Cristo en la tierra, dulcísimo padrecito mío*¹¹³. Aquí se ve que era expresiva y cariñosa. Quería mucho a sus sobrinos y, en tiempos de la peste, tuvo que cuidarlos y enterrar a nueve de ellos.

Los biógrafos nos muestran una santa alegre y feliz, con lo que se demuestra una vez más que las personas más felices del mundo son los santos. A pesar de que Dios permite que sufran enfermedades y tentaciones, ellos sienten la alegría profunda del amor de Dios en su corazón y, con frecuencia también, estos mismos santos reciben el consuelo divino con apariciones y carismas extraordinarios para el servicio de los demás.

Nicolás Caffarini, que la conoció escribió en su *Suplemento* sobre su vida que *era muy cariñosa por naturaleza*. Decía ella: *Si la circunspección no me lo vedase, a cada momento estaría abrazando a los niños*.

Amaba mucho las flores. Fray Tomás de Siena afirma: *Tenía gran afición a las flores. Muchas veces, cuando el amor divino la hacía languidecer, cercábase de ellas y, en medio del jardín, comenzaba a cantar a su celestial esposo. Con flores hacía ramilletes y cruces que luego regalaba para fomentar en las almas el amor a nuestro Señor. Muchas veces recibí de ella estos hermosos regalos*¹¹⁴.

Le gustaba cantar villancicos en Navidad y con frecuencia, cuando iba de camino, cantaba al Señor y hasta bailaba de alegría. William Fleete, en el sermón del aniversario de su muerte, manifestó: *Ahora puede cantar en el cielo, en el gozo de su esposo su villancico... No sólo puede cantarlo... Puede también con las vírgenes del paraíso trenzar sus pasos de danza como solía hacerlo cuando estaba en la tierra*¹¹⁵.

Su alegría desbordante era contagiosa y la comunicaba a todos incluso en los momentos más difíciles, porque confiaba en el amor y la providencia de Dios.

Una vez, yendo por el mar en una nave con los que acostumbraban acompañarla y con otras muchas personas, así hombres como mujeres, siendo ya casi pasada medianoche, faltóles el viento. El piloto comenzó a temer y decía: "Ciertamente nosotros estamos en lugar muy peligroso; porque, si el viento contrario continúa así, dará con nosotros en partes muy remotas e iremos con peligro grande de nuestras vidas"... Y ella dijo: "¿Vosotros ¿qué tenéis que hacer ni qué pensar en vosotros? (como diciendo que Dios pensaba en ellos). Y

¹¹³ Carta 85.

¹¹⁴ Álvarez, *Catalina de Siena*, BAC, Vergara, 1892, p. 152.

¹¹⁵ I fioretti, 220.

después de pasado un poco de tiempo, vino un viento muy más fuerte y más contrario que el primero, tanto que el piloto ya tenía la nave por perdida y a todos por perdidos. Entonces el confesor volvió a ella, llorando, y ella le dijo: “Padre, decid que vuelvan la nave al contrario de como ahora va en el nombre de Jesucristo nuestro Señor, y que vayan con el viento que él les dará... Ella inclinó su cabeza e hizo oración a Dios... Cuando súbitamente vino el viento que deseaban muy propicio y vinieron al puerto adonde iban y entraron en él cantando en altas voces el “Te Deum laudamus” (A Ti, oh Dios, te alabamos)¹¹⁶.

2. MADRE DE UNA GRAN FAMILIA

Catalina recibió la misión de servir a la Iglesia y empezó a salir de su casa y hablar de Dios, empezando por sus compañeras mantelatas y por todos los que deseaban escucharla. Pronto se hizo conocida por sus experiencias místicas y todos querían verla y escucharla, porque la consideraban una gran santa. Muchos hombres buenos se unieron a ella y le pedían que fuera su madre; y ella a todos los recibía como hijos y oraba por ellos.

Entre sus fieles seguidores estaba su cuñada mantelata, Lisa Colombini, otra era Alexia Sarracini, su más íntima amiga; y Francisca Gori, que le servía de secretaria.

Entre los hombres, estaba en primer lugar su confesor desde niña, el padre dominico Tomás della Fonte. A partir de 1374, fue su confesor hasta su muerte el padre Raimundo Capua, que escribió su gran biografía. También le seguía Nicolás Caffarini, que escribió el *Suplemento* a la biografía de Raimundo de Capua. Otro de sus discípulos más queridos era Neri de Landoccio, que hizo a veces de secretario. También estaba el más amado de todos, Esteban de Corrado o Esteban Maconi. Otro de los importantes era Francisco Malavolti, casado y con hijos, que, al morir su esposa e hijos, se hizo religioso olivetano. Mateo de Cenni también era su discípulo querido y trabajaba como rector del hospital de la misericordia de Siena. Había otros como Guillermo Fleete, que era ermitaño... En total, normalmente, lo acompañaban a todas partes unas 15 personas, pero a veces llegaban a 40.

Ella se sentía madre de todos sus discípulos. Por eso le escribe a la madre de Esteban Maconi, que estaba preocupada por la larga ausencia de su hijo, que había acompañado a Catalina a Aviñón: *Tú, madre, le diste a luz una vez y yo*

¹¹⁶ I, 10.

*quiero daros a luz a él y a ti, y a toda la familia con las lágrimas y el sudor, por la incesante oración y el deseo de vuestra salud*¹¹⁷.

A fray Raimundo y a fray Jerónimo de Siena los llama en sus cartas: *padre e hijo queridísimo en Jesucristo*.

A fray Simón de Cortona, tímido y sensible, le hizo sentir que lo quería como a un hijo querido. Fray Simón recordaba cuando era anciano, que estaba enfermo con fiebre y fray Tomás della Fonte lo llevó a casa de Catalina en Siena. Ella estaba con algunas compañeras, tomando su parca comida, y recordaba fray Simón: *Yo me quedé un poco apartado... Me miró la dulcísima madre y con cara alegre y serena preguntó (a fray Tomás): “¿Por qué huye mi hijo?”. Le respondió: “Tiene fiebre”. Entonces ella me llamó, me acercó a ella y me hizo sentar junto a sí y con la misma cuchara, dulcemente me alimentaba... Turbada en sí misma dijo: “Jesús dulcísimo, ¿para qué sirve esta enfermedad?”. Y apretándome sobre su pecho y haciéndome la señal de la cruz, dijo: “Desaparezca esta fiebre. Yo sé, dulcísimo Jesús, que él cumplía tu voluntad”. Así conocí que fue ella la que me libró de aquel mal*¹¹⁸.

Otra experiencia maternal la refiere Francisco Malavolti: *En el tiempo en que todavía llevaba yo traje seglar, al principio de mi conversión, convinimos un día mi amigo Neri di Landoccio y yo dirigirnos juntos al monasterio de Monte Oliveto, situado a catorce millas de Siena. Era durante la Cuaresma. Decidimos tomar nuestra colación en una ciudad llamada Asciano, a dos tercios aproximadamente del camino. Pero al llegar allí no sentimos ningún hambre y nos decidimos a seguir el camino para tomar nuestra comida en el convento con los frailes. Nos parecía bien ayunar hasta allí. Sin embargo, apenas habíamos hecho una milla nos sentimos agotados hasta el punto de que tuvimos que sentarnos. Estábamos tan cansados y tan débiles que nos parecía entonces imposible llegar más lejos aquel día, y esto nos inquietaba mucho, pues no había ninguna vivienda en las cercanías...; y mientras tratábamos esta cuestión, vinimos a hablar, en virtud de los decretos de la providencia, de Catalina, la virgen bendita. Nada más pronunciar su nombre nos levantamos y, a pesar de la dura subida, recorrimos todavía una milla hablando siempre de ella. Sin embargo, estando bien lejos de suponer en nuestra ignorancia de dónde nos venía aquel renuevo de fuerzas, cesamos de hablar de la esposa de Cristo. La debilidad nos atacó enseguida hasta el punto que tuvimos que volver a sentarnos.*

¹¹⁷ Carta 247 a Monna (señora) Giovanna di Corrado Maconi.

¹¹⁸ I fioretti, p. 366.

*Pero el Señor, que quería abrir nuestros ojos, llevó a nuestros labios de nuevo el nombre de nuestra madre; las fuerzas nos volvieron e hicimos fácilmente el resto del camino, comprendiendo por fin y riendo de no haber adivinado de dónde nos había venido el socorro. Llegamos al final sin la menor fatiga, repitiendo sin cesar el nombre bendito de Catalina*¹¹⁹.

En su último momento mandó decir a Neri, que estaba en Nápoles, que tenía que ser eremita. Después se volvió a Esteban Maconi y le dijo: *En cuanto a ti, te ordeno de parte de Dios y en nombre de santa obediencia que entres en la Orden de los cartujos. El mismo Esteban escribió: Cuando me intimó esta orden pensaba tan poco en los cartujos como en cualquier otra Orden. Pero, cuando murió, se encendió en mi corazón un deseo tal de hacer su voluntad que, aunque el mundo entero me hubiese puesto resistencia, apenas me habría preocupado*¹²⁰.

Y Esteban recibió el hábito el 19 de marzo de 1381 en la Cartuja de Pontignano, cerca de Siena, donde llegó a ser el Prior y visitador de numerosas casas. Murió como prior de la célebre Cartuja de Pavía en 1424 a los 77 años de edad. Es venerado como beato en la Orden de los cartujos. Neri de Landoccio se hizo ermitaño, como ella le había recomendado y murió en 1406.

El único sacerdote secular fue Mateo, el rector del hospital de la misericordia. Ella tenía hijos espirituales en los cartujos, agustinos, benedictinos, olivetanos, etc., a pesar de ser dirigida por los dominicos.

Su presencia y sus palabras alentaban a todos en el camino de la santidad. Realmente ella se sentía madre, no solamente de sus discípulos y seguidores, sino de la Iglesia entera, porque muchas veces le ofreció su vida al Señor por el bien de la Iglesia. Actualmente la Orden dominicana la considera madre de toda la Orden.

¹¹⁹ Carta a fray Bartolomé Dominici.

¹²⁰ Leclercq, p. 265.

3. EL PADRE RAIMUNDO DE CAPUA

El padre Raimundo fue confesor de Catalina los últimos seis años de su vida. El 24 de junio de 1374 estaba ella en Florencia, asistiendo a una misa solemne en honor de san Juan, que en ese día se celebra su fiesta. Celebraba la misa fray Tomás della Fonte y le acompañaba fray Bartolomé de Dominici y fray Raimundo de Capua. De pronto, tuvo una revelación de que el hombre que buscaba para su confesor y guía espiritual era fray Raimundo.

Él escribió: *En el principio de mi relación con ella había oído cosas tan maravillosas referentes a su vida que vacilé antes de creerlas. Dios permitió que así fuera para mayor bien. Intenté de todas las maneras posibles descubrir los medios de asegurarme, si los fenómenos extraordinarios que se operaban en ella, provenían de Dios o de cualquier otra causa, es decir, si eran verdaderos o falsos*¹²¹.

Él le dijo: *“Quiero estar seguro, como si recibiera una bula de Roma”*. Catalina sonrió y respondió: *“Muy bien, recibiréis la bula”*. Al día siguiente, tanto fray Raimundo como Catalina estaban enfermos. Catalina, a pesar de estar peor, fue a visitar a fray Raimundo y, mientras ella hablaba, dice él: *“Mi alma tuvo una visión tan clara de mis pecados que tuve la impresión de comparecer desnudo ante mi eterno juez y de ser condenado a muerte. Pero comprendí la clemencia y la bondad de este juez, que, en lugar de condenarme, no sólo me salvaba de la muerte, sino que cubrió mi desnudez con sus propios vestidos y me daba asilo en su casa... Me puse a llorar. Mientras lloraba, me acordé de la bula que pedí la víspera y le pregunté: “¿Esta es la bula que pedí ayer?”. “Sí, esta es la bula”*¹²².

Fray Raimundo, fue elegido, el 12 de mayo de 1380, maestro general de la Orden dominicana. Con los apuntes que le entregó fray Tomás della Fonte, de los recuerdos de las hermanas de la penitencia de santo Domingo, de Lapa, madre Catalina, y con sus propias experiencias, escribió su vida el año 1395 a los 15 años de su muerte. Esta vida es llamada *Leyenda mayor* es decir, *Vida grande*.

¹²¹ II, 6.

¹²² Jörgensen, pp. 222-223.

4. MUERTE DE SUS PADRES

Su padre Jacobo cayó enfermo, y ella oró a Jesús por la salud de su padre. *El Señor le reveló que ya había llegado el momento de la muerte del padre y que no convenía alargarle más la vida. Ella lo visitó y vio que estaba preparado para su último viaje; y ella le dio gracias a Dios. Sin embargo, le pidió al Señor que lo librara de las penas del purgatorio. El Señor le dio a entender que era necesario que se guardara la justicia... Y ella pidió que la justicia de Dios cayera sobre ella. El Señor aceptó. Y en el mismo momento de la muerte de su padre (en 1368) le vinieron a ella muy crueles dolores de hijada, los que nunca la dejaron hasta que salió de esta vida. No obstante, ella estaba feliz de que su padre estaba en el cielo e, incluso, afirmaba que lo había visto salir de esta vida y entrar en la eterna luz*¹²³.

*Y por mucho tiempo, el alma de su padre se le apareció casi cada día para darle gracias por la merced que por medio de ella había recibido. Y le revelaba muchos secretos y le avisaba de la asechanzas del enemigo. Así la salvaba de muchos males*¹²⁴.

La madre de Catalina tenía mucho miedo de morir. Después de la muerte de su esposo cayó gravemente enferma. Catalina le hablaba de que se preparase para la muerte, pero Lapa se rebelaba y le insistía que pidiera al Señor por su salud. *Catalina oraba insistentemente al Señor para que no se la llevara hasta que estuviera conforme a la voluntad de Dios. El Señor le dijo a Catalina: “Tu madre no quiere ahora morir, pero vendrá un tiempo en que con grandes deseos demandará la muerte y no podrá hallarla”. Y así sucedió, porque le vinieron muchas adversidades hasta su última vejez*¹²⁵.

Después que Dios postergó mucho tiempo la muerte de su madre por las oraciones de Catalina, Dios permitió que Lapa muriera sin confesión. Al darse cuenta Catalina de esto, oró con intensidad. *Oyóla el Señor y, en presencia de las tres mujeres que estaban presentes, súbitamente comenzó el cuerpo de Lapa a moverse del todo y ser restituida su alma y espíritu. Así vivió enteros 89 años*¹²⁶.

Dios, por las oraciones de Catalina, libró a su padre de las penas del purgatorio y a su madre la resucitó milagrosamente.

¹²³ II, 7.

¹²⁴ II, 6.

¹²⁵ II, 7.

¹²⁶ II, 8.

CUARTA PARTE DESPUÉS DE SU MUERTE

1. MUERTE DE CATALINA

Estando ya en agonía el 29 de abril de 1380, pidió con humildad y devoción que quería la absolución de la culpa y de la pena (confesión e indulgencia plenaria), lo que le fue concedido por Juan Terzo, de la Orden agustiniana. Respiraba poco y le dio la unción de los enfermos el padre Abad de San Antimo. Después de la unción, hizo diversos actos con el rostro y los brazos, demostrando una lucha contra los demonios. Esto duró como una hora y media. Y comenzó a decir: *Pequé, Señor, ten misericordia de mí*. Lo dijo como 60 veces, alzando cada vez el brazo derecho y golpeando su cama. A continuación dijo: *Oh, Dios, ten misericordia de mí y no me quites la memoria de ti. Señor, date prisa en correrme...* Y alguna vez decía: *Vanagloria no, sino verdadera gloria en Cristo crucificado*.

Y después de un rato, cambió el rostro, de oscuro y tenebroso, en alegre y angelical. Daba alegría verla con unos ojos lúcidos y alegres. Ella estaba sobre el regazo de sor Alexia, su hija y discípula, y la ayudaron a sentarse. Le pusieron delante una devota tablilla, donde había reliquias de muchos santos y algunas imágenes. Ella fijó sus ojos en el crucifijo y comenzó a orar... Después se volvió al sacerdote y le dijo: *Absuélveme por amor de Jesucristo crucificado de estos pecados que he confesado y de los que no me acuerdo...*

Y, acercándose al final, oró por la Iglesia y por el Papa Urbano VI, a quien reconocía como el verdadero Papa y Vicario de Cristo. Terminó diciendo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*; inclinó la cabeza y entregó el espíritu ¹²⁷.

Su tránsito ocurrió el domingo (29 de abril de 1380), hacia la hora séptima, pero no la enterramos hasta las completas del martes (es decir, hacia el crepúsculo). No había rastro alguno de mal olor y su cuerpo permaneció intacto y oloroso; sus brazos, su cuello y sus piernas conservaron su elasticidad como si aún viviera ¹²⁸.

El cuerpo de Catalina fue llevado a la iglesia de la Minerva. Todo el pueblo de Roma se conmovió y se juntó gran multitud de gente en dicha iglesia, y con gran ímpetu caían unos sobre otros para tocar sus vestiduras, otros para besar sus pies y otros sus manos. De tal modo que sus hijos e hijas espirituales, junto con los frailes del convento, temían que el pueblo, por su devoción

¹²⁷ I fioretti, pp. 180-188.

¹²⁸ Carta de Barduccio Canigiani a sor Catalina Petriboni.

*despedazarían los vestidos de la gloriosa virgen y aun desmembrarían su santo su cuerpo. A causa de esto, pusieron el cuerpo en una capilla de santo Domingo tras unas rejas de hierro*¹²⁹.

Allí estuvo tres días y Dios hizo numerosos milagros por su intercesión. Su tumba es visitada por los fieles como las tumbas de los grandes santos, que existen en Roma.

2. SUS RESTOS

*La legenda minor afirma que aquel cuerpo virginal no fue embalsamado y quedó tratable y dotado de un maravilloso olor, con el rostro devotísimo y angelical como si estuviera durmiendo*¹³⁰.

*Su cuerpo virginal aun hoy día persevera entero, no sin gran milagro... De sus manos y pies comenzó a manar un licor preciosísimo, el cual fue cogido y hasta ahora es conservado en un vaso de vidrio, y, algunas veces, se muestra al pueblo*¹³¹.

En una carta de Nigi di Doccio a Neri Pagliaresi le dice: *Me parece haber quedado huérfano. Creo que tú sabes que nuestra reverendísima y carísima Mamá se fue al paraíso. No puedo dejar de llorar y no lloro por ella, lloro por mí, que he perdido tanto bien... Ella decía que nos sería más útil muerta que viva*¹³².

El padre Raimundo se encontraba en Génova, preparándose para ir a Pisa y después a Bolonia, donde los dominicos debían celebrar el capítulo anual. La mañana de la muerte de Catalina bajó a la iglesia para celebrar misa.

Celebró misa en la iglesia de San Pedro mártir el día de su fiesta y, después de celebrar, yendo a preparar las cosas para el camino, pasando por delante de una imagen de la Virgen, dijo un avemaría y luego oyó una voz sin sonido de aire, que no se oía con las orejas corporales, sino con las mentales. Las palabras fueron éstas: “No temas, ni tengas miedo, que yo estoy aquí por ti. Yo estoy en el cielo por ti y te cubriré y te defenderé. No temas, que yo estoy aquí por ti” ... Pensó que serían palabras de la Virgen que quería prevenirle de algún

¹²⁹ III, 4.

¹³⁰ I fioretti, p. 188.

¹³¹ II, 12.

¹³² Ib. pp. 192-193.

*peligro que le acechaba. Al fin entendió que eran palabras de Catalina para socorrer su pusilanimidad y la flaqueza de su corazón*¹³³.

El padre Raimundo de Capua fue elegido ministro general de la Orden dominica el 12 de mayo de 1380 y aprovechó de esta dignidad para restituir a Siena, al menos, la cabeza de Catalina. En 1383, con la autorización del Santo Padre, hizo abrir el sepulcro y mandó a dos hermanos que llevaron la cabeza de la santa secretamente a Siena. Al año siguiente, se preparó a la gente y el 16 de mayo de 1384 se hizo la procesión solemne de entrada de la cabeza de la santa. Allí en Siena se conserva la *Santa Testa* (santa cabeza) de santa Catalina.

El día de su entrada triunfal en Siena, allí estaba su madre Lapa, en primera fila, rodeada de las mantelatas, ya viejecita, pues iba a cumplir 90 años.

El padre Raimundo declaró como testigo presencial en tercera persona: *Fray Raimundo había adornado la cabeza de Catalina lo mejor que había podido y como tan gran reliquia aún no había sido puesta al público, ya que estaba escondida en la sacristía..., pensó que no había sido recibida con solemnidad, cantando alabanzas comunes, ya que particulares de ella no convenía, puesto que aún no era canonizada ni inscrita en el catálogo de los santos. Y como lo pensó, así lo puso en obra una mañana con gran alegría espiritual de los frailes y de todo el pueblo y, sobre todo, de los hijos e hijas espirituales de la santa virgen.*

*Y para solemnizar más las cosas convidó ese día a comer a todos los hijos e hijas de la gloriosa santa Catalina y ordenó dar de comer ese día a los frailes del convento. Pero no había pan para tanta gente y, para solucionar esto, envió a pedir a algunas casas de amigos especiales de la Orden para que les regalaran pan. Pero, como tardaban mucho, mandó el prior que todos se sentasen a la mesa y comenzasen a comer con el poquito pan que había. Y este pan fue de tal manera acrecentado por los méritos de la bienaventurada virgen Catalina que comió abundantemente todo el convento, tanto en primera mesa como en la segunda, y todos los convidados; y sobró mucho más pan que lo primero que había puesto en la mesa. Y eso que había en el convento unos 50 frailes y en el pan primero no había ni para cinco. Después de comer, fray Raimundo dio un sermón sobre las virtudes de Catalina y, estando en su sermón, entró el prior con algunos otros religiosos y contó delante de todos el milagro tan manifiesto del dicho pan*¹³⁴.

¹³³ III, 4.

¹³⁴ II, 11.

3. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Una religiosa de la tercera Orden de San Francisco, que se llamaba Dominga, estando el cuerpo de Catalina en la iglesia de la Minerva, padecía en un brazo de una enfermedad muy grave y tenía el brazo como muerto y seco. Se fue a la iglesia susodicha y, no pudiendo llegar adonde estaba el cuerpo por la multitud tan grande del pueblo, tomó un velo que traía y lo lanzó por encima de la gente, rogando que, de mano en mano, tocasen el cuerpo santo y se lo devolviesen. Y así se hizo. Cuando puso el velo sobre su brazo enfermo, súbitamente, sin tardanza alguna, quedó libre y enteramente sana. Entonces comenzó a dar voces diciendo: “Mirad, cómo he sido sanada por los méritos de la santa virgen de mi enfermedad incurable”¹³⁵.

Entre otros trajeron también a un niño de cuatro años a quien se le habían encogido los nervios del pescuezo y tenía la cabeza torcida y caída del todo sobre el hombro. Y no la podía volver ni a una parte ni a otra.

Pusieron sobre él la mano de la santa virgen y rodearon su cuerpo con un velo suyo y comenzó a mejorar. En breve tiempo sanó del todo. Por esto, no fue posible sepultar su cuerpo por tres días por los muchos milagros que por ella se hacían¹³⁶.

Un romano, llamado Lucio Camarula, tenía una pierna con tan grave enfermedad que no la curaba ninguna medicina y la tenía casi del todo perdida. Se hizo llevar ante el cuerpo insepulto de Catalina en la iglesia de la Minerva y con mucha devoción hizo poner la mano de la gloriosa santa virgen sobre la pierna enferma y tullida, y súbitamente comenzó a sentir mejoría. Antes de salir de la iglesia fue enteramente curado en presencia y vista de cuantos allí estaban¹³⁷.

Una moza llamada Ritogola tenía lepra en la cara, especialmente en la nariz y en el labio superior. Consiguió llegar hasta el cuerpo de Catalina, puso su cara a los pies y sus manos al cuerpo de Catalina y sintió alivio de su lepra. En breve tiempo estuvo perfectamente curada, de modo que no quedó señal ni vestigio de la lepra¹³⁸.

Otro romano, llamado Ciprio, tenía una hija de su mujer Lella. Esta niña había tenido de niña tifus y ningún remedio la había podido curar. Sus padres le

¹³⁵ III, 5.

¹³⁶ III, 5.

¹³⁷ III, 5.

¹³⁸ III, 5.

colocaron un velo de la virgen santa con unas cuentas del rosario de Catalina y, sin intervalo, con las cosas susodichas, se curó ¹³⁹.

Después de ser sepultado el cuerpo de Catalina siguió haciendo milagros. Juan Veri o Neri tenía un hijo pequeñito, que no podía estar de pie ni andar. Hizo un voto a Catalina, trajo el niño al sepulcro; y así que pusieron al niño sobre el sepulcro, súbitamente quedó sano y estuvo de pie y caminaba libremente ¹⁴⁰.

Una señora tenía una grave enfermedad en la cabeza y quedó con un ojo perdido del todo. Por ello no quería salir de casa. Oyendo la fama de Catalina, se encomendó a ella, hizo un voto y, a la noche siguiente, se le apareció Catalina a una amiga y le dijo: “Dile a la señora María que no tome más medicinas y que cada mañana vaya a rezar el Oficio divino y se curará”. Así lo hizo y se curó del ojo ciego y quedó totalmente sana ¹⁴¹.

4. TÍTULOS DE CATALINA

Santa Catalina de Siena murió a los 33 años en Roma y fue enterrada en la iglesia de la Minerva de los padres dominicos. El padre Raimundo había llevado su cabeza a Siena, donde se encuentra hoy. El resto del cuerpo está en la iglesia de la Minerva de Roma. Su fiesta se celebra el 29 de abril, día de su muerte. El Papa Urbano VIII la había trasladado al 30 de abril, pero en 1969 se cambió de nuevo el día de su fiesta al 29 de abril.

Fue canonizada por el Papa Pío II el 29 de abril de 1461. El Papa Pío XII la nombró patrona principal de Italia, en unión con san Francisco de Asís. Fue declarada doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI el 4 de octubre de 1970. El 1 de octubre de 1999, Juan Pablo II la declaró copatrona de Europa. Y la Orden dominicana la considera Madre de la Orden. Escribió 381 cartas, 20 oraciones y el libro del *Diálogo*.

¹³⁹ III, 5.

¹⁴⁰ III, 5.

¹⁴¹ III, 5.

